

MANUEL TAMAYO

La Inteligencia de la
Sencillez



CEO "Santo Toribio de Mogrovejo"

MANUEL TAMAYO

La Inteligencia de la Sencillez

Chiclayo, 1993

Primer Edición
© Copyright 1993 Manuel Tamayo

Mi hijo oscar: Padre Ramón Roca
Chiclayo

Imprenta: Mons. Ignacio María de Ochoaga
Grupo de Chiclayo

Edita: CEO "Santa Teresita de Mogrovejo"

MANUEL TAMAYO

La Inteligencia de la

Manuel Tamayo Pinto-Bazurco
LA INTELIGENCIA DE LA SENCILLEZ
Chiclayo, 1993

Primera Edición
© Copyright 1993 Manuel Tamayo

Nihil obstat: Padre Ramón Roca
Chiclayo

Imprimatur: Mons. Ignacio María de Orbegoso
Obispo de Chiclayo

Edita: CEO "Santo Toribio de Mogrovejo"

*a mis padres,
que tienen la inteligencia de la sencillez,
con agradecimiento.*

INDICE

PROLOGO	1
1. Nuri	3
2. <i>La inteligencia de la sencillez</i>	19
3. <i>La vida y la Vida</i>	33
4. <i>El complejo mundo de la ciudad</i>	51
5. <i>Alegrías y penas del parque infantil.</i>	67
6. <i>La belleza y el arte del buen triunfo.</i>	79
7. <i>Los colores incoloros</i>	95
8. <i>Las bellas flores del Edén</i>	107
9. <i>La fortaleza del oro puro</i>	111
10. <i>Las casas descoloridas</i>	115
11. <i>La belleza del arco iris</i>	129
12. <i>Un futuro de miel y cielo azul</i>	135

PROLOGO

No es fácil hacer de prologuista, tomar en serio la faena de analizar y comentar las partes o el todo de un libro. Las pocas veces que tuve que vivir estos apuros, no sé como resolví el problema, ni cómo hice la tarea y tampoco supe, si los prologados me perdonarían lo que dije acerca de la obra, o lo que olvidé afirmar en parte o en conjunto.

Ahora debo absolver la prueba a que me somete Manuel Tamayo, con el relato que ha escrito y que, con el título de NURI me ha entregado en originales, para que yo cumpla con ese cometido.

Porque Manuel Tamayo, es un joven sacerdote y descendiente de una familia limeña de escritores; los ha habido y los hay entre ellos, poetas y escritores de notable facultad y destacada presencia en la tarea intelectual.

Y este caballero, dotado de vocación inminente y poseedor de ese temperamento que convocó a sus antecesores en el quehacer literario, ha escrito esta novela, en donde el personaje principal y ejecutante de todos sus movimientos es NURI, que, como lo describe él mismo, es “un burrito joven que ha pasado ya los tormentos de la adolescencia y puede pensar como mayor con la fuerza de su juventud”.

El mismo sujeto lindamente humanizado, no hace pensar en el PLATERO, el lirico burrito, de la fina invención que, para los niños ideó el poeta Juan Ramón Jimenez, con la diferencia de que NURI desempeña un trabajo distinto, un papel importante en el estudio de la sociedad, un “modelo

humano” que Tamayo, ha creado para una misión dentro del contexto de la vida presente del pueblo peruano, en los diferentes estamentos de la problemática social que nos circunda.

Y Nuri es tan sencillo y se nos hace tan familiar que nos parece haberlo conocido en alguna estancia de nuestra tarea cotidiana. Dejó espontáneamente la esplendidez de sus campos, para llegar al pueblo de algún lugar y pasar, más luego a probar suerte en la ciudad; para estudiar, su peregrinaje de curioso investigar, las costumbres, las modalidades, los argumentos y conducta que cada quien tiene entre las gente de la urbe inquieta, acelerada, convulsiva, rodeada de conflictos, en contraste con la bíblica belleza del campo y la dulce placidez de su pueblo.

Yendo de un lado para el otro, nuestro personaje en audiencia se da con la realidad del medio y la conducta y los sentimientos que norman el parecer de la ciudad, dolorosa comprobación; el mal en muchas formas se le presenta al igual o parecido al color de las casas. Mucho hay en el relato, que el lector sabrá apreciar mejor que yo y que no alcanzo a explicar.

Para el lector será fácil seguir el pensamiento de Tamayo, ayudado por el estilo con que se desarrolla el argumento, de este hermoso relato. Por mi parte he vivido el goce que proporciona su lectura, en esta tentativa e interesante obra de mi joven amigo. Que el porvenir diga lo que le toca en parte haciendo justicia.

Nicanor de la Fuente

NIXA

Chiclayo, 1993



NURI

Estamos en la época de las siglas. El tiempo pasa tan rápido que no nos permite dar demasiadas explicaciones. Todo se debe decir de una manera breve, clara y precisa. Así hay que transmitir hoy los criterios de sensatez y sentido común que el hombre necesita conocer para manejarse bien en esta vida.

A primera vista podría parecer que cualquier persona tiene los principios elementales para poder desplazarse con fluidez en medio del mundo; sin embargo cuando nos acercamos a la gente, vemos enredos, conflictos y frustraciones; un no saber andar que preocupa cada día más junto a una ausencia, casi generalizada, de ideas claras, como si no se supiera a dónde se va y por dónde hay que ir.

Esta falta de claridad surge de no haber entendido bien qué cosa es el hombre, cómo debe comportarse y cual es su fin.

Este sencillo relato intenta ser una nítida fotografía de lo que es y hace el hombre en la sociedad contemporánea. Se pretende poner luz sobre las distintas facetas de la vida humana en la ciudad y en el campo, con las limitaciones y problemas de los tiempos actuales, para llegar a una interesante conclusión: el mundo hay que cambiarlo con lo bueno de cada persona, o dicho de otro modo, con personas buenas. Esto que parece de Ripley no es tan sencillo.

En NURI hemos querido resumir, como en una cápsula concentrada, algunas cualidades para “fabricar” un modelo humano que a nuestro entender sería utilísimo para cambiar el mundo.

No se trata de un invento o de una novedad, es simplemente clarificar los criterios de sensatez con una sana razón para lograr lo que todos estamos buscando: ser libres y felices de verdad.

NURI está formado por cuatro letras; cada una quiere decir muchas cosas:

Nuevo (*juventud, salud, renovación*)

N Natural (*auténtico, sin artificialidad, real*)

Noble (*fiel, leal, amistad*)

Util (*eficaz, arte, necesario, práctico*)

U Unidad (*Verdad, Bien, Belleza: comunicación*)

Universal (*apertura, conocimiento, comprensión, visión*)

Riqueza (*bondad, generosidad, magnanimidad*)

R Recuerdo (*historia, valorar, agradecimiento, correspondencia*)

Realeza (*elegancia, delicadeza, servicio*)

Interés (*atención, querer, constancia*)

I Independencia (*libertad, responsabilidad, mérito, santidad*)

Inteligencia (*sentido común, sensatez, acierto, claridad*)

Podríamos explicar el cuadro diciendo que NURI es la valoración y aceptación, con agradecimiento, de un estado de vida de responsabilidad personal donde la inteligencia y el sentido común buscan continuamente las virtudes para servir a los fines de la persona con acierto y claridad.

Es lograr el criterio de sensatez desde una vida llena de sencillez y de servicio que consigue la autenticidad de un crecimiento que desarrolla toda la potencialidad interior para conquistar, con la mejor adaptación, la real unidad.

Se trata de acertar en el puesto clave previsto por el inventor de la maquinaria. En este caso el inventor ha querido que la pieza se coloque ella misma en su sitio. En el espacio de libertad del itinerario hacia el puesto clave hay unas vivencias riquísimas que encontrarán su sentido cuando se llegue, y a partir de ese momento se verá cómo la libertad puede extender todas sus alas para cruzar los espacios de un valioso cielo azul.

A Nuri sólo se llega después de un recorrido donde el mérito propio es pequeño si se compara con la ayuda recibida. Hasta ese momento el mérito ha consistido en agarrarse bien de la ayuda, como quien se coge de las riendas para no caerse y lograr cruzar el torrentoso río hasta la orilla donde se puede bajar, primero para caminar y luego, si se puede, para volar por esas alturas que hacen idónea a la persona en el servicio real a los demás.

No es que la ayuda termine cuando se llega al lugar, es que allí se espera el desarrollo rápido de las facultades propias y la pronta producción del instrumento. La ayuda continúa para que haya libertad y eficacia con un rendimiento lleno de criterios sensatos que convencen y animan.

Para dar mayor claridad a los criterios que queremos transmitir vamos a convertir a Nuri, con nuestra imaginación, en un burrito joven que ha pasado ya los tormentos de la adolescencia y puede pensar como mayor con toda la fuerza de su juventud.

Nos interesa situarlo en esa etapa de la vida en la que se puede empezar a rendir con toda la soltura de la real libertad, que se consigue gracias a los designios de una buena Providencia y a un poquito de esfuerzo personal.

Además en el burrito existe una cualidad que el hombre necesita para entender la inteligencia de su inteligencia: ser algo despreciado y sin valor.

Nuri nació en un pequeño pueblito de la tierra cuyo nombre no tiene importancia, era un pueblo más del campo, de los miles que existen en el mundo y vivía

para servir sin pensar por qué ni para qué, no como hacen los hombres pocos listos que pierden el tiempo pensando en lo que no deben y lo cuestionan todo, hasta lo más elemental. Esto no sucedía con Nuri que era feliz sirviendo sin ningún cuestionamiento.

Vivía en el campo y de la naturaleza recibía lo que necesitaba para existir. El aire para respirar que mecía las ramas de los árboles acariciaba su dura piel y le encantaba. El agua que brotaba limpiísima del manantial apagaba su sed. Era divertido verle beber a grandes sorbos y sacudirse cuando terminaba.

Las hierbas verdes, su plato preferido, le alimentaban a diario. Era como si estuviera en los mejores comedores del mundo. Tenía un menú que causaría envidia al personaje más sibarita de una refinada sociedad y sin los riesgos del colesterol. Comía lo que le pedía la naturalidad del hambre, o sea, lo necesario y nada más. No se le podía ocurrir el antojo de algo preparado especialmente o condimentado, porque su inteligencia era superior para poder estar pensando en esas cosas. Comía bien para servir y siempre estaba contento.(1)

El cielo que veía con sus grandes ojos reflejaba su celeste en la rutina, el sol que calentaba su cuerpo iluminaba el camino que debía recorrer y él continuaba mirando como si con sus ojos pudiera observar el futuro. Todo el paisaje se proyectaba en su ser. La pureza

natural entraba sin más en su naturaleza sana con el sentido que el Hacedor le estaba poniendo. Mirando el amplio horizonte mostraba en su actitud la claridad. Todo era luz para pensar sin límites de tiempo. Nadie le interrumpía, era dueño de un espacio espiritual profundo que cualquier poeta o filósofo cotizarían muy alto.

Al pretender colocar a Nuri como modelo humano, o fijarnos en aspectos suyos que puedan ser útiles para el hombre, tendríamos que añadir, para no caer en el Naturalismo, (2) que esas cualidades sólo se pueden conseguir con la ayuda de la gracia sobrenatural que Dios otorga a los humildes. El hombre sin la gracia no es nada; ningún ejemplo podrá servirle si no cuenta con la gracia de Dios para ordenar y perfeccionar su naturaleza. Aclarado el punto continuemos con nuestro relato.

(1) El hombre que vive la virtud de la templanza tiene mucho terreno ganado y una lógica completamente distinta a la del goloso que está muy limitado para entender y sobre todo para vivir las cosas más valiosas de la vida. La templanza es la virtud que le otorga al hombre la belleza que necesita para ser siempre ejemplar.

(2) Naturalismo: Concepción materialista de la realidad; todo lo real es natural y todo lo natural es real. Es una tendencia a borrar de la realidad lo sobrenatural o a disminuir en exceso su importancia en la vida humana, concibiéndolo, por tanto, como algo yuxtapuesto a una naturaleza que se basta por sí misma. Constituye una enseñanza teórica y una actitud práctica, que ataca la esencia misma del cristianismo, es decir, el reconocimiento de Dios y de su intervención salvífica en la vida humana. Esta corriente niega la existencia del pecado y la necesidad de la gracia. (Gran Enciclopedia Rialp, Madrid, 1981, Voz, Naturalismo).

Caminaba Nuri por los verdes prados observando la naturaleza bella y generosa que destacaba más en el horizonte. En los bordes del sendero las flores de todo color y tamaño embellecían y perfumaban el ambiente, mientras los centenarios árboles que permanecían erguidos invitaban a otear desde sus picos el paisaje que se perdía en el infinito. Allá a lo lejos se alcanzaba a divisar una cadena de cerros que parecían siluetas azuladas por efectos de la bruma, y eso que era un día despejado; había tanta claridad que alguna estrella se llegaba a vislumbrar.

A Nuri todo esto le parecía maravilloso. Con mucha unción se detenía para observar la belleza de una flor con un aspecto que parecía de absoluta distracción, sin embargo razonaba mejor que los hombres, porque aceptaba sin más la evidencia de esas bellezas con toda la armonía del arte dentro del paisaje. El se daba cuenta que formaba parte del cuadro, que así como la flor de suaves pétalos y rico aroma, su dura piel y su tosco andar contrastaban pero también complementaban. El y la flor eran útiles y bellos.

Nuri no perdía el tiempo en dudas absurdas porque siempre valoraba lo que veía y usaba todo de acuerdo al orden de su real naturaleza. Estaba contento y cantaba agradeciendo la vida llena de paz y salud.

Todo era felicidad hasta que subió a la loma para ver la ciudad y los pueblos.

Desde aquella cima se domina el horizonte como los cóndores el espacio en majestuoso vuelo. Son esos lugares de una agradable soledad donde uno se siente dueño del mundo. Se veía la ciudad y los pueblos como si fueran de juguete, unos movimientos divertidos que descansan a la distancia hasta que uno se pone a pensar.

Nuri desde la loma miró primero la ciudad: grandes edificios de todo tipo y tamaño, calles y avenidas con hileras de carros que circulaban con prisa, avisos luminosos colocados en lugares estratégicos para anunciar la venta de los productos elaborados por el hombre, el humo de las fábricas que ennegrecía el panorama contaminando sin piedad la pureza del aire, gentes que circulaban como hormigas más concentradas en el centro que en los barrios periféricos y un murmullo que a lo lejos se sentía como si una ventosa gigante se desprendiera de la tierra.

Esa era la ciudad. Alguien la echó a andar y ya no podía parar. Todos sus habitantes se encontraban en pleno movimiento, estaban sometidos a seguir, sin detenerse, para vivir. Era un sistema de existir para subsistir. La gente corría con prisa, querían llegar, pero luego seguían corriendo porque siempre se estaba llegando y no había tiempo para otra cosa que no sea correr, como si la urgencia de la prisa

fuera un logro, aunque no se haga nada importante.

Desde la loma se veía que la vida en la ciudad era también un modo de vivir juntos sin estar necesariamente unidos, con honrosas excepciones. Muchos se encontraban rodeados de miles pero se sentían solos como si les pesara la vida y extrañaran la muerte.

Nuri se quedó un buen rato viendo andar a la gente por la calle. Era un auténtico mapa del hombre de ciudad, las inquietudes y emociones se reflejaban en los rostros cargados de expresividad: un mar variado de miles que iban con sus vivencias buscando paz y libertad. Ninguno podía disimular la tensión que llevaba consigo.(3)

(3) *El hombre siente no sólo el propio cuerpo sino también a sí mismo de un modo más integral; siente lo que determina el propio yo y su dinámica. (Karol Wojtyła, Persona e Atto, Libreria Editrice Vaticana, Roma, 1982, p.263).*

Qué bonitas se veían las casas de las grandes avenidas, las flores del campo adornaban los jardines bien cuidados por alguna ama de casa celosa de sus plantas o por el hombre contratado que exigía un sueldo que subía. Bien pagado cuando se lo merecía por la calidad de su trabajo.

Las luces de los faroles iluminaban los parques y las calles principales lucían como si se hubieran vestido de fiesta. El agua limpia y cristalina de los ríos y manantiales se repartía ordenada a través de los distintos sistemas que los hombres habían inventado para vivir mejor. Era una belleza ver las fuentes de las plazas, las lagunas con patos blancos, el azul de las piscinas y el hielo blanco en los vasos de refresco para apagar la sed.

Existían en la ciudad otros paisajes que no eran expresión de belleza y que más bien dejaban una sensación de disgusto. Provocaba cerrar los ojos y no mirar; sin embargo no había más remedio que reconocer su existencia, tal vez para pensar mejor y tener una iniciativa que pueda cambiar ese panorama.

Nuri miraba con estupor la miseria de los barrios marginales donde no había la elegante luz de los faroles ni las calles anchas con jardines bellos. Ahora contemplaba un terral polvoriento con casas a medio construir que nunca iban a ser pintadas. Algunas tenían las lunas rotas tapadas con periodicos viejos para que no ingrese el frío y todas un buen palo largo en el techo para poner, como bandera, la antena del televisor, que no podía faltar.

Con unos buenos prismáticos se podía ver, desde la loma, el interior de alguna de esas viviendas paupérrimas, eran muy parecidas: en la sala junto a unos

sillones viejos estaba la foto de la familia, al lado un florero con flores de plástico y un enorme calendario con propaganda que llevaba colgado en el clavo que lo sujetaba un ramo de olivo seco; al frente, encima de una banqueta estaba su majestad el televisor y en el otro rincón el comedor con un cuadro de la última cena pintado por un aficionado, la mesa no era muy grande pero era el único lugar donde se podían colocar las cosas, allí se encontraban: los libros del colegio de los niños, una botella de gaseosa mal tapada, rastros de migajas desparramadas y un matamoscas. Junto a la radio, en el otro extremo, estaba la plancha con unas cuantas ropas arrimadas y arrugadas.

Los rostros de las gentes de esos barrios eran parecidos a los otros, dibujaban preocupación, inquietud, miedo. También corrían persiguiendo su destino, quien sabe con qué tipo de esperanza porque algunos parecían conformes con su situación, aunque no se les veía contentos.

Nuri sólo observaba, no quería sacar ninguna conclusión ni fabricar teorías como habían hecho algunos ideólogos contemporáneos que escribían con un notable resentimiento libros que eran verdaderas apologías de violencia y odio. Tampoco quería quedarse en una sociología barata con datos que podrían ser manipulados por algunos malos políticos, que para defender sus intereses, no tenían escrúpulos en sacar la bandera de los problemas sociales, cargando las tintas de forma indebida.

Los problemas humanos había que tocarlos con sensatez y desde una óptica positiva, tratando de descubrir la riqueza que hay en las personas como recurso principal.

Desde la loma se veía también el campo al otro lado del valle y a unos cuantos kilómetros de la ciudad. En un extremo y cerca del río se encontraba el pueblo principal donde vivían los campesinos.

Era un paisaje muy bello, los pinos que lucían a los lados del camino hacían de escolta a los visitantes que llegaban después de una larga caminata. Las casas principales daban a una pequeña plaza central donde estaba la Iglesia y una oficina del municipio. Las calles estrechas, adoquinadas, descendían por los desniveles de la vaguada y las otras más anchas, que eran de tierra, lograban subir un poco la falda del empinado cerro y terminaban en la acequia alta.

El ambiente del pueblo era tranquilo. Al amanecer los cantos del gallo y las campanas de la Iglesia llegaban a las casas con los rayos de sol que penetraban por las gruesas y altas ventanas con barrotes dejando un voluminoso chorro de luz en el interior de las habitaciones de paredes casi negras. A esa hora, las personas mayores se encontraban trabajando, los niños que tenían edad

escolar iban al colegio cruzando por la plaza con el encanto en sus rostros y unos cuantos cuadernos arrugados, los ladridos de los perros se escuchaban con eco, perdiéndose por efecto del constante chasquido de las aguas y el silencio atroz del campo.

Cuando el sol pegaba fuerte por las mañanas las mujeres y los niños que no iban al colegio, bajaban al badén, debajo de los árboles, allí ellas lavaban la ropa vigilando a los pequeños que correteaban descalzos o chapoteaban en el agua. A esa hora, los maridos en el campo, cumplían con sus faenas de trabajo.

A “ojo de buen cubero” el aspecto de esas gentes dibujaba la rutina existencial, como si se hubiera parado el tiempo para siempre. Era como vivir el presente sin futuro con los atrasos del pasado.

Nuri veía los paisajes con un realismo imponente. Estaba sacando una fotografía panorámica desde aquella cumbre sin permitirse ningún juicio porque podía equivocarse haciendo conjeturas, con los pocos datos que tenía. Por ahora sólo describía lo que observaba en el campo o en la ciudad, en los rostros de las personas y en sus movimientos habituales. Quizá cada una de esas escenas reflejaban una situación del mundo, de la época o de las mismas personas.

Se había dado cuenta que ciudad y pueblo eran dos realidades distintas que existían al mismo tiempo

con personas que en el fondo tenían una similitud. Quería llegar a descubrir cómo complementarlo todo. El y la flor, siendo de distinta naturaleza, formaban un paisaje bello; en cambio los hombres, que eran de la misma naturaleza, tenían forzada su armonía y se escapaban del bello paisaje. Para que el cuadro de las personas sea armonioso primero había que arreglar el entendimiento y el corazón de los mismos hombres.(4)

Con esos cuestionamientos Nuri decidió visitar la ciudad y los pueblos. En esos lugares palparía de cerca la vida del ser humano y quizá después podría aventurarse a dar algún consejo.

(4) *Está clara la existencia real del pecado en la naturaleza humana que sólo se puede combatir con ayuda de la gracia sobrenatural.*



***LA INTELIGENCIA DE LA
SENCILLEZ***

Nuri había leído muchos libros de historia y ensayos sobre el ser humano, pensaba en los que pensaban de la historia, no en todos los que pensaron, sino en aquellos famosos que salen en los libros, muchos eran talentosos e interesantes en sus argumentos racionales pero poco listos en otros aspectos, porque no conocían bien la “inteligencia de la sencillez” (5). Se habían olvidado de penetrar en el mundo más interesante de la historia para tener el verdadero éxito.

Algunas de las admirables argumentaciones ideológicas de los problemas humanos, que ocuparon millones de páginas de gruesos libros, se habían convertido en una de esas luces que ciegan y no dejan ver con claridad el valioso reino de la sencillez. Bastantes pensadores de la historia se quedaron sin descubrir el inmenso campo del ser bueno -auténticamente bueno- de las personas. Es que esto en el mundo humano no ha estado de moda, ni tampoco lo está, (6)

(5) Llamamos en este relato “inteligencia de la sencillez” a la capacidad que tiene el entendimiento con la virtud de la humildad para descubrir, conocer y amar, con el mejor realismo, lo que es elemental y bueno, para que el ser humano sea feliz y libre cada minuto de su existencia. Es la prontitud en el criterio de sentido común, acompañada de una gran generosidad, para servir de inmediato.

(6) Algunos filósofos han pensado que la felicidad consiste en el conocimiento de la verdad, sobre todo la verdad suprema. Esto enseñaron Platón y Aristóteles. Pero muy poco se preocuparon de la limpieza del corazón, y sus vidas estuvieron, en más de un punto, en contradicción con sus enseñanzas. (Garrigou Lagrange, *Las tres edades de la vida interior*, I, Ediciones Palabra, Madrid, p. 194).

Nuri pensaba con acierto que cuando un inteligente presumía era porque no era inteligente y veía que en el mundo había muchos inteligentes no inteligentes.

Estaba convencido que el primer síntoma de una buena inteligencia era la sencillez, virtud a la que se llega por la inteligencia del ser bueno.

Cada ser humano tiene una potencialidad de perfección que no es opcional sino necesaria para darle sentido a su existencia. Ser mejor significa quitar lo que sea no ser para que el ser reluzca desarrollando su capacidad. La sencillez es punto de partida y de llegada. El hombre debe ser niño cuando nace y cuando muere.

Esta era la inteligencia que hacía falta para conocer bien la vida humana de las ciudades y los pueblos. Con la inteligencia de la sencillez se descubre que el hombre necesita descargarse de muchos desordenes personales para poder conocer. Esta es la primera luz. (7)

La segunda idea clara que se desprende de la anterior es que el hombre, que ha reconocido su propia debilidad, se encuentra en condiciones de conocer la realidad.

La condición fundamental, por el paso que ha dado, es que su corazón está funcionando. Entonces la realidad no será sólo un objeto de estudio “a secas” será

fundamentalmente un objeto de amor.

Sólo así se puede conocer y valorar el reino de la sencillez, desde un corazón que hace, con un habito bueno y virtuoso, continuos actos de humildad para ver.

(7)Lo que la Revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación (Conc. Vaticano II, Const. Gaudium et Spes, 13) El Señor nos devuelve en el sacramento de la confesión todo lo que culpablemente perdimos por el pecado: la gracia y la dignidad de hijos de Dios. El sacramento de la confesión es uno de los mayores bienes que el Señor ha dado a su Iglesia (cfr. Luc. 15,10).

Del Cielo llueven los dones necesarios que embellecen el corazón del hombre con la sencillez y le hacen pensar mejor.

Cuando el corazón funciona bien se tiene con el cariño la visión para descubrir mucha gente buena y los recursos de la Providencia para embellecer a los demás. (8)

La inteligencia de la sencillez lleva consigo un amor que es dueño de algo grandioso: un sentido común para acertar sin demoras, una intuición inteligentísima, llena de comprensión y claridad, que consiste en la rapidez para darse cuenta, situarse y actuar con diligencia. Es la defensa lúcida del ser real de cada persona en el presente, otorgando del propio ser el mejor recurso, que es la misma vida llena de un Amor que llega de fuera y que ha podido penetrar gracias a la buena preparación y disposición del alma.

La brillantez de la inteligencia no se limita al modo de decir las cosas en la apreciación de una realidad concreta, el espectro es mucho más amplio. Se puede ser brillante desde un escaño o curul académico (9) y muy torpe en el trato con las personas en las mil manifestaciones de la convivencia diaria. Muchos detalles pequeños podrían pasar desapercibidos, como si no fueran importantes.

El trato con la gente no puede limitarse a unos pocos o estar dirigido sólo a un tipo determinado de personas. Es necesario que en la formación de los seres humanos se consiga de cada uno una rica experiencia en el trato con los demás. De este esfuerzo surgirán criterios de sensatez para saber atender, servir, exigir, sentirse responsable del prójimo y poner siempre los medios para lograr la solidaridad entre los hombres. Muchas personas reclaman con justo derecho nuestro ser bello, porque lo necesitan. (10)

El observador pasivo que formula una teoría diagnosticando a las personas desde su escritorio posee necesariamente un conocimiento muy limitado y no podrá ser de ninguna manera un buen artífice para ayudar a los demás, a no ser que cambie su actitud y se convenza de que puede y debe entrar en los terrenos de la actuación personal y directa.

La sencillez lleva a la acción personal diaria para transmitir, sin intermediarios, la riqueza que se adquirió. Es una comunicación que se da con la humildad y se nota en la disposición constante de servicio generoso.

La inteligencia debe llegar a todos los ámbitos del ser humano con la facilidad de la sencillez, que está al alcance de cualquiera (11). Sin esta virtud el hombre se ve obligado a realizar esfuerzos titánicos para estar pendiente de todo, y al final fracasa, todo se le derrumba porque

faltan los cimientos y las estructuras que son esenciales.

Las máximas mundanas han puesto fuera del lugar a la sencillez dando cabida a la hipocrecía. Los andamiajes de la “formalidad” humana son muchas veces disfraces para dar el pego. Hoy es fácil parecer sincero. Muchas cosas están sostenidas por seres humanos que tienen poco de persona y mucho de disfraz (12).

(8)... *el elemento emotivo corresponde a la espiritualidad del hombre y no sólo a su facultad sensorial.* (Karol Wojtyła, *Persona e atto*, op. cit. p. 263).

(9) *Nuestra cultura nos educa mal porque valora lo brillante.* (Leonardo Polo, *Curso de Teoría de conocimiento*, I Pamplona, EUNSA, 1984, p. 271).

(10) *El buen samaritano de la parábola evangélica (Luc. 10, 30-37) al ver un ser humano necesitado se lanzó para ayudarlo sin preocuparse del qué dirán. Los otros, el sacerdote y el levita, que debieron parar hicieron “la vista gorda”. Le dieron más importancia a sus asuntos porque tenían poco amor, en cambio el buen samaritano tenía su corazón ordenado.*

(11) *La función fundamental de la conciencia consiste en formar la experiencia vivida de la propia subjetividad.* (Karol Wojtyła, *Persona e atto*, op. cit. p.6)

Hay que llamar al que es realmente sencillo o al menos al que tiene intención de serlo, aunque el mundo no lo llame. (13).

Ahora ya sabemos bien cómo es y cómo piensa Nuri. Tiene la libertad de poder ver la belleza y valorar las cosas en su real dimensión. Sus apreciaciones son tan sencillas y naturales como el respirar. Por eso ve que el hombre podía ser la criatura más bella o la menos bella de la creación. Todo dependía de su sencillez.

Las cosas buenas son bellas al mismo tiempo. Al bien se le ve mejor por la belleza. El hombre bueno es una bella persona. Hay una armonía en su ser que es apetecible (no nos referimos ni a la belleza física ni al temperamento) y que corresponde a la posesión del Amor. Esa belleza se puede desear lícitamente, no es egoísmo, se tiene derecho a ella como algo necesario para la propia vida en la línea de la fidelidad y finalidad. Ese tipo de belleza es muy comunicativa, fabrica la auténtica unidad, que es fuerza, fortaleza para las personas. Se debe desear para uno la belleza del otro. Allí se llega a la armonía del paisaje entre los seres humanos.(14)

De un buen entendimiento y de una buena voluntad procede una buena afectividad. La belleza del hombre está en la armonía de su auténtico querer que tendría que ir en aumento, porque el hombre es un ser que está moviéndose hacia una meta.(15)

Hay que llamar al que es realmente sencillo o al menos al que tiene intención de serlo, aunque el mundo no lo llame. (13)

Ahora ya sabemos bien cómo es y cómo piensa Yuri. Tiene la libertad de poder ver la belleza y valorar las cosas en su real dimensión. Sus apreciaciones son tan sencillas y naturales como el respirar. Por eso ve que el hombre podía ser la criatura más bella o la menos bella de la creación. Todo depende de su sencillez.

Las cosas buenas son bellas al mismo tiempo. Al bien se le ve mejor por la belleza. El hombre bueno es una bella persona. Hay una armonía en su ser que es aprehensible (no nos referimos ni a la belleza física ni al temperamento) y que corresponde a la posesión del Amor. Esa belleza se puede describir fácilmente, no es egoísmo, se

(12) *El hombre a través de sus acciones es moralmente bueno o malo.* Karol Wojtyła, *Persona e atto*, op.cit.p.31.

(13)...ésta es la piedra que desecharon los fabricantes, y no obstante vino a ser la principal del ángulo... (I.Pedro,2,7)

(14) *El concepto de la trascendencia de la persona se puede ampliar al examinar la relación con todos los trascendentales: el ser, la verdad, el bien, la belleza.* (Karol Wojtyła, *Persona e atto*, op. cit. p. 181).

(15) *Dios es quien nos mueve y nos arrastra hacia sí. El es el principio y fin de todas las cosas, soberano Bien que atrae el amor con tanto mayor ímpetu, cuanto nos acercamos más a El. Por esta razón en la vida de los santos, el progreso del amor es en los últimos años mucho más rápido que en los primeros. Avanzan en esa edad, no con paso tranquilo, sino muy apresurado, no obstante el peso de sus muchos años y la debilitación de las facultades sensibles, tal como la memoria sensitiva...La gracia se acrecienta siempre en ellos, sobre todo la Caridad.* (Garrigou Lagrange, *Las tres ...op.cit.p.150*).

La belleza de la flor del campo se ve clara inmediatamente. La belleza del hombre exige del conocimiento y del amor. El ser humano que mira a los demás hombres debe hacerlo con el ejercicio de sus facultades superiores ordenadas. Sólo con una buena afectividad podrá conocer bien y descubrir en los demás infinitas posibilidades de bien. Se daría cuenta de lo que está faltando y lo conseguiría enseguida con el servicio de un elegante cariño.

Al ser humano en potencia de ser virtuoso se le puede querer como si estuviera en acto, porque se está haciendo y se confía en su realización. Para lograr ese objetivo es necesario el cariño y la comprensión que estimulan.

El que tiene su corazón comprometido con el mal exigirá la legalización de una afectividad desvirtuada, como buscando un pasaporte para que se considere normal su conducta. El pecado nunca podrá admitirse como una opción porque va contra Dios y por lo tanto contra el bien y la belleza del hombre; el pecado es fealdad. En una situación así se estaría buscando una afectividad "libre" del sacrificio y del dolor. Sería huir de las virtudes fundamentales. La auténtica afectividad está muy cerca de la cruz de Cristo. Desde allí se ve con profundidad y nitidez. El más puro sufrimiento suele traer consigo el conocimiento más claro y transparente.

El hombre auténticamente bello es el que puede ver los paisajes más hermosos de este mundo y disfrutar con el plan de Dios, que tiene un fin bellísimo.

El limpio de corazón es bienaventurado porque puede ver muchas cosas bellas y luego a Dios cara a cara, que es la máxima belleza. (16)

(16) *Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios. (Mt. 5,8).*

Mientras Nuri pensaba en todas estas cosas, se hizo de noche; las estrellas del firmamento parecían más cerca que las luces de la ciudad, como si el cielo estuviera allí al lado y los hombres de la tierra más distantes con sus problemas y complicaciones.

Qué fácil parecía todo desde la loma, la distancia y el tiempo tienen cierta ventaja para la objetividad. Allá abajo en la ciudad, con los problemas y las correrías, era más difícil pensar. El pueblo ofrecía mejores espacios para una buena reflexión, aunque allí faltaban los avances de la cultura y las técnicas de una acertada modernidad. En fin, hay ventajas y desventajas. Da lo mismo si se está en la ciudad o en el pueblo porque el espacio ideal lo otorga la sencillez de corazón.

Nuri pasa la noche en la loma y duerme plácidamente, como si hubiera estado en el mejor hotel. Al día siguiente, muy temprano, decide viajar a la ciudad.



LA VIDA Y LA VIDA

Temprano al amanecer, cuando todavía la oronda luna blanqueaba el verdor de la abundante vegetación, Nuri emprendió una larga caminata hacia la ciudad bordeando las chacras y los campos de cultivo entre los ladridos de los perros y los matorrales silvestres que invadían el camino estrecho de bajada.

El vuelo desordenado de las libélulas contrastaba con el del picaflor o colibrí y coincidían en una admirable velocidad para poder subsistir. Los gallinazos negros eran como la antítesis de las blancas palomas; ellos guarecían cerca de los desperdicios y éstas en elegantes palomares o en los atrios de famosas catedrales. Más discretas eran las hormigas que organizaban imponentes desfiles sin hacer aspavientos. Había que acercarse para mirar y descubrir un mundo ordenado de intenso trabajo; las arañas y las abejas no se quedaban atrás, al contrario, construían verdaderas maravillas de alta precisión que admiraban al hombre y los pajaritos, en sus árboles, hacían sus nidos como si hubieran estudiado la técnica en alguna universidad.

Todo esto podía observar Nuri en su camino a la Ciudad en el escenario de la naturaleza verde y exuberante, pensando en las calidades y cualidades de los seres. Se fijaba en los contrastes, en las técnicas y en la velocidad.

Al pasar por las chacras pudo ver los cultivos

en extensos campos que los hombres trabajaban. La tierra generosa daba el fruto de sus entrañas para que el ser humano pudiera vivir.

Era admirable ver la capacidad de la tierra. La población del mundo se podía quintuplicar y el hombre seguiría teniendo abundantes recursos para subsistir. Qué equivocados estaban los ideólogos que afirmaban que el hombre se estaba quedando sin alimentos. (17)

Nuri se fijó que las chacras eran distintas. Unas estaban mejor trabajadas que otras. En las primeras el hombre había puesto su ingenio y dedicación, en las segundas había ganado la pereza y el descuido. La diferencia era grande. La tierra bien cultivada, que era más bella que la otra, dejaba felices a los hombres que la trabajaban. También esos hombres eran más bellos que los flojos que siempre paraban amargados y envidiosos.

Qué ricas y jugosas resultaron las frutas de las buenas huertas, mientras otras parecían enfermas y sin gracia. Las dos irían a la ciudad pero cotizadas diferente y a distinto destino, lo mismo pasaba con los animales domésticos, todo dependía del trabajo humano. Estaba claro que la ciudad no podía vivir sin el campo, allí se encontraba el futuro y el progreso del hombre.

El futuro del campo dependía de los hombres bellos que actuaran influyendo cada vez más en el progreso

de los pueblos y ciudades. Al mundo le tocaba dar esos pasos con más decisión.

(17) *Hay muchos economistas de fama y prestigio internacional que sostienen que los recursos alimenticios en el mundo, son más que suficientes, no sólo para alimentar a cinco mil millones de personas, que es la población mundial actual, sino que a más de treinta mil millones de personas. La producción alimentaria mundial crece más aprisa que la población. (vid. ACEPRENSA, n. 27, julio 1987.)*

Al ponerse el sol entre los cerros el cielo parecía de fuego con su rojo intenso, las aves volaban a sus nidos en bandadas perfectamente alineadas como aviones de guerra y los grillos se despedían de la luz chichando fuerte como si estuvieran en una manifestación de protesta. Al poco rato, cuando todo era noche, las luciernagas prendían sus bengalas intermitentes mientras la luna aumentaba la potencia de su luz al ponerse vertical. Nuri, después de agradecer, se puso a dormir.

Al día siguiente, cuando las fuerzas volvieron a nacer, llegaron las luces del sol para caminar y pensar. Nuri sintió el impulso del amanecer y se lanzó radiante hacia la ciudad con la ilusión de conocerla bien. El grato frío de la mañana le hacía cantar mirando al cielo para alcanzar la energía que necesitaba. Iba confiado en la Providencia, que nunca le fallaba. Quería llegar a la ciudad.

Al entrar por la carretera principal, de pronto se topó con una larga fila de esbeltas casuarinas, que habían crecido con desorden junto a un muro blanco interminable. Impresionaba ver las ramas empinadas viejas y altas dobladas en la dirección del viento, parecían látigos amenazantes. Más allá, junto a una pequeña explanada, se veía el portón de fierro decorado con cruces negras. Era el cementerio.

Nuri se detuvo cerca porque le impresionó el movimiento de la gente. Era un espectáculo realmente pintoresco, aparecían por las calles los taxis más viejos de la ciudad y unas camionetas destartaladas repletas de flores de todo tipo y color. Una veintena de señoras con sus mandiles habían improvisado en la vereda sus puestos de ventas de flores. Allí estaban con sus grandes tenazas cortando los tallos para fabricar hermosos ramilletes con flores surtidas al gusto del cliente. En medio del tumulto, que iba creciendo conforme avanzaba la mañana, aparecieron los chiquillos del pluriempleo dispuestos a ofrecer cualquier servicio, cuidar el carro, cargar las flores, limpiar los zapatos o vender galletas y chocolates. Los pordioseros también estaban pidiendo alguna propina. Todos intervenían a la vez en un mercado informal sin respetar el lugar sagrado y mortificando a los que venían a enterrar a sus seres queridos.

Las exigencias de la informalidad en los momentos de dolor clamaban al cielo, en una misma escena se podía contemplar la impotencia de los que llegaban compungidos y la insolencia de algunos negociantes que aprovechaban esa circunstancia para sacar provecho personal.

Tener una desgracia costaba muy caro porque era pasar por el aro de muchas incomodidades que imponía una injusta informalidad.

Nuri, que miraba con asombro, grababa en su mente lo que veía para seguir pensando. El afán de sobrevivir estaba mezclado con la tolerancia y la dejadez de las autoridades. Impresionaba ver un pobre nivel humano cuando el servicio estaba totalmente manipulado por los que querían aprovecharse de los demás en beneficio propio. Algún sociólogo diría que era una forma más de trabajar, sin embargo los buenos educadores no estarían contentos con esas conductas. Aquellas personas tenían que ser orientadas, para que descubran cómo es el auténtico servicio a los demás, donde no puede faltar la educación, el respeto y la delicadeza con las personas, sobre todo si están pasando por situaciones de dolor. (18)

(18) *La demasiada especialización es un peligro para la contemporaneidad...El tiempo libre se podría convertir en tiempo vacío...A más técnica más vagancia, se crece en un sin sentido...La técnica debe estar al servicio del humanismo. (Alejandro Llano, La nueva sensibilidad, op. cit. p. 176)*

Nuri se acercó a la reja negra donde estaba Betel, (19) el anciano portero del cementerio que se había ganado el aprecio de muchísimas personas. Era un trabajador probo y venerable, llevaba 40 años en ese puesto y siempre contaba lo importante que era ser portero de un cementerio. La verdad es que trabajaba muy bien y poseía una admirable sabiduría. Los que le conocían se acercaban para pedirle consejos. Siempre se le veía atender a la gente con amabilidad y buen humor, incluso con aquellos que le trataban de forma altanera e impertinente. Allí también llegaban esas personas que “van perdonando la vida” a los demás y se creen con derecho a gritar y exigir increpando, sobre todo cuando consideran que el otro es inferior. Hay algunos que van por la calle subidos en un “status”, sin darse cuenta de su ridícula actitud. Betel no perdía los papeles y resolvía todo con serenidad.

Nuri, que estaba sorprendido por la informalidad de la gente, encontró en el viejo portero una voz sensata con criterios que reflejaban una riqueza espiritual poco común.

Se dio cuenta que en medio de unos mundos originales y pintorescos, cargados de agresividad y desvirtuados, podían aparecer personas con las ideas bien puestas y con espíritu de servicio para orientar a los demás con respeto y cariño.

El prestigio profesional auténtico se nota en

el buen trato a las personas y en la calidad de servicio que se presta de forma desinteresada.

Qué feliz se sintió Nuri con Betél, fue algo maravilloso haberse encontrado con él (20). Betél le contó su historia y la historia de los muertos.

(19) *Jacob en un sueño ve una escalera que llegaba de la tierra al cielo. La escalera significa la maravillosa Providencia de Dios. “Despertose Jacob de su sueño y dijo: “Ciertamente Yavé está en este lugar y yo no lo sabía” Lleno de reverencia añadió: “¡Cuán venerado es este lugar! No es sino la casa de Dios y la puerta del cielo” Levantose Jacob muy de mañana, tomó la piedra que había puesto por cabecera, la alzó a modo de estela y derramó aceite sobre ella. Y dió a este lugar el nombre de Betél, mientras que antes su nombre era Luz” (Gen. 28, 16-19)*

(20) *Solamente el agente humano, que no es criatura de las circunstancias, condicionada y sumergida en un ambiente social, es capaz a través de una autoposesión o autogobierno, de conseguir una vida social digna de ser enseñada. (Karol Wojtyła, Persona e atto, op. cit. p. 18)*

Betél había nacido en el campo como Nuri, pero a principio de siglo, antes de empezar la primera guerra mundial. Desde niño tuvo mucha inquietud por las plantas, había cultivado en la chacra de sus padres flores de todo tipo y color. La sequía y la guerra pusieron fin a sus proyectos, se quedó solo y sin dinero buscando ganarse unos centavos con cachuelos que conseguía. Pero como lo suyo eran las plantas y las flores, siempre que podía hacía pequeños trabajos en los jardines de la ciudad. Así consiguió un prestigio hasta que el municipio lo contrató para que trabajara con ellos. En un año consiguió embellecer los parques y avenidas principales.

Un día Betél, que había conservado la fe que aprendió en casa de sus padres, se presentó a la parroquia con sus flores más bellas para colocarlas en el altar donde se iba a celebrar la Santa Misa. El párroco, que nunca había visto flores tan bonitas, lo mandó llamar para entrevistarse con él. Desde el primer momento se dio cuenta de la finura y delicadeza de su alma. En una interesante conversación donde se entendieron muy bien, Betél dijo que se imaginaba el cielo como un jardín lleno de flores y el sacerdote, sin perder tiempo, le contestó: las flores del cielo son los hombres buenos que se hacen bellos junto a Dios.

A Betél le gustó ese pensamiento y se hizo buen amigo del párroco. Al poco tiempo había embellecido

el vecindario logrando que los hombres sean bellos como sus flores. Ese mismo año fue nombrado portero del cementerio y logró embellecer los jardines del camposanto.

El tiempo que fue pasando envejecía a los hombres y conservaba los paisajes con el mismo esplendor. El cementerio invitaba a meditar cómo se pasa la vida y cómo se viene la muerte, que llega para todos sin piedad.

Nuri ingresó por la puerta junto a la capilla donde se rezan los responsos y vio allí al sacerdote anciano, amigo de Betél, que ahora era capellán del cementerio. Estaba rezando piadosamente su oficio divino mientras esperaba el próximo entierro. A su lado había un enorme acetre con un hisopo de igual tamaño y magnitud que parecía un regadero, seguramente era para que el agua bendita alcanzara también a los deudos del finado. Le acompañaba un niño de unos 13 años que era monaguillo y quería ser sacerdote. El anciano capellán lo cuidaba como oro porque la ciudad se estaba quedando sin sacerdotes, la gran mayoría eran ancianos como él. En sus homilías siempre pedía a los fieles que no se olvidaran de rezar para que no falten sacerdotes.

El capellán y el monaguillo se llevaban muy bien. Estaban tan unidos que no se notaba la diferencia de

edad. Al alimón recitaban y cantaban los salmos haciendo gala de una excelente memoria. En otros momentos se les veía conversar con un interés mutuo que impresionaba gratamente: hablaban de Dios y de ser más santos.

Nuri se dio cuenta que aquel buen sacerdote no rezaba los responsos de forma rutinaria, ni celebraba la Misa sólo para ganar un estipendio, sino que lo hacía con verdadero amor a Dios, por eso la gente lo quería y le llamaban siempre a él.

Había otro capellán más joven que era bastante rigorista y exigía a la gente de una manera exagerada. Los fieles le tenían miedo porque gritoneaba todo el día, tenía tan poca paciencia que nadie quería trabajar con él. Lo malo es que este defecto lo tenían otros y no era por ser ancianos. (21)

Betél tenía apuntada una frase que escuchó en una homilía de su capellán. Era un pensamiento de San Francisco de Sales: “Si me equivoco, prefiero equivocarme más bien por demasiada bondad que por demasiado rigor”. Lo había apuntado porque le pareció muy interesante para tenerla en cuenta. Nuri estaba de acuerdo.

(21) De particular importancia es la capacidad de relacionarse con los demás, elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y “hombre de comunión”. Esto exige que el sacerdote no sea arrogante ni polémico, sino afable, hospitalario, sincero en sus palabras y en su corazón, prudente y discreto, generoso y disponible para el servicio, capaz de ofrecer personalmente y de suscitar en todas relaciones leales y fraternas, dispuesto a comprender y consolar. (Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal Pastores dabo vobis, editorial salesiana, 1992, p. 118)

Betél y el anciano capellán estaban preocupados por un monje que se había hecho famoso en la ciudad como inventor de una sofisticada maquinaria. Este religioso, feliz con su talento, iba por todas partes dejando catálogos y haciendo propaganda de su ingenioso invento.

Este tipo de actividad le exigía tanto trabajo que habitualmente descuidaba la oración y la vida contemplativa, pero él pensaba que así daba gloria a Dios y que todos estarían contentos.

El superior de su orden, cansado por las quejas de la piadosa feligresía, le hizo ver que su misión no era la de inventor sino la de sacerdote y que si Dios le había dado un talento prodigioso era para que lo entregara.

El monje inventor, impresionado de sus cualidades y del éxito que había tenido, no quería escuchar los criterios del superior y adoptó una actitud recelosa pensando que en el futuro todos le darían la razón.

Creía que podía hacer compatible su actividad con las exigencias de su vocación, sin embargo a partir de ese momento empezó a sentir una desagradable inquietud. En su conciencia sonaban, como martillazos, las palabras del superior, pero su imaginación era más grande, pensaba

que su invento trasformaría a los religiosos y a toda su feligresía, que era un bien para toda la humanidad.

Convencido de sus argumentos, que cada día hacía crecer con más justificaciones, trabajaba silenciosamente sin que los demás se dieran cuenta, no quería hacer problemas ni encontrarse con una prohibición más severa.

Con el tiempo su vida interior se fue deteriorando poco a poco, la aridez de la oración se convirtió en indiferencia, dejó, por agotamiento, sus prácticas de piedad, empezó a ver a sus hermanos del convento con un terrible espíritu crítico, la ira se apoderaba con facilidad de su corazón y sólo se consolaba con su desatinada y obsesiva dedicación a las maquinarias. Un día ya no pudo más y decidió escaparse del convento.

Valiendose de las amistades que aplaudían su ingenioso talento, logró en la madrugada, mientras el superior y los demás monjes dormían, trepar el muro del patio y saltar a la calle. Aquellos momentos fueron angustiosos para él, iba tembloroso, preso con el pánico y la inseguridad. Al poco rato, mientras andaba por las calles oscuras de la ciudad, le llamó la atención una niña pequeña que salió corriendo de su casa. Al acercarse vió que era la hija de un amigo suyo, la niña también le reconoció y le dijo sollozando: “padre, menos mal que me he encontrado con Ud. porque mi papá ha decidido en este momento irse de

la casa y dejarnos abandonados, usted es la única persona que puede convencerle para que se quede y no nos deje, ¡por favor, se lo ruego!” El monje de quedó líbido y no tuvo más remedio que acceder.

Al entrar a la casa vio que su amigo estaba haciendo las maletas y se puso a conversar con él. Sacó todos los argumentos que tenía sobre la fidelidad, sus consejos le removieron también a él, al poco rato los dos estaban llorando y prometieron delante de Dios ser fieles a su voluntad. El monje inventor volvió al convento gracias a la niña pequeña que quería recuperar a su papá. El mundo salió ganando porque perdió un inventor pero ganó un sacerdote.

Para Nuri todo estaba más claro: el pueblo y la ciudad necesitaban buenos sacerdotes que influyan con sus vidas, como instrumentos de Dios, para que los hombres sean bellos.

El silencio atroz del campo santo no revelaba nada, la brisa suave de la mañana y la tranquilidad del lugar invitaban a la oración. A Nuri le parecía que cada muerto le pedía una plegaria, pero eran tantos que era imposible rezar por cada uno. Quizá alguno de ellos no se acordó de los muertos cuando vivía y ahora pedía lo que no supo dar. Nuri rezó por todos en bloque y dejó que Dios distribuya, según su justicia y misericordia, el fruto de su oración.

Llamaba la atención la variedad de tumbas, desde corrientes nichos a imponentes mausoleos. No siempre esas diferencias correspondían a la calidad de vida del difunto, los motivos eran muchos y variados.

El mausoleo de un importante personaje de la ciudad estaba en un amplio jardín con muchas flores. Era una capilla de mármol que tenía junto a la puerta de entrada dos ángeles de tamaño natural con sus alas replegadas que llegaban hasta el techo. En el interior, un enorme vitró le daba al ambiente sensación de grandeza, los vidrios de color caramelo hacían más dorada la luz del sol que caía sobre la blanca loza bañándola de oro; en una piedra negra estaba escrito: “En memoria de Juan Pérez, el gran benefactor de la ciudad”, sin embargo este ilustre personaje, que había tenido un gran funeral y ahora descansaba rodeado de mármoles y flores, había sido una flor marchita porque no sembró ni para el cielo, ni para los hombres, había sembrado para su propia gloria terrenal.

Era un hombre que vivía dedicado a sus actividades políticas haciendo alarde de sus obras, tenía tantas ocupaciones que estaba todo el día, incluso los fines de semana, fuera de su casa. Creía que su familia podía salir adelante gracias a su prestigio y al dinero que aportaba, pero no fue así. La indiferencia que sembró durante años en el hogar, puso tremendas distancias; no supo ganarse el cariño de sus hijos y de su mujer.

El mausoleo no lo cuidaban sus parientes sino el partido político, porque él seguía siendo bandera de intereses partidarios. Era un caso más entre muchísimos parecidos.

Habían otros difuntos en elegantes mausoleos con jardines y mármoles, que eran bellísimas personas; la grandeza de sus tumbas era la expresión del cariño y la correspondencia de los seres queridos por una persona que merecía todas las consideraciones. Existían otras tumbas, sin mármoles ni jardines, donde descansaban personas buenas y otras iguales donde estaban enterrados los que se portaron mal. ¡Qué difícil era saber por la tumba cómo había sido la vida de esas personas!, si hay un refrán que dice “el hábito no hace al monge”, aquí habría que decir: la tumba no hace al muerto.

Esta era la historia de los muertos en el cementerio de la ciudad. Nuri se despidió de Betél para continuar su camino.



**EL COMPLEJO MUNDO DE
LA CIUDAD**

Nuri salió por la avenida principal para entrar en la ciudad. Aquellas calles y edificios que había visto desde la loma estaban ahora delante de él con toda la grandeza y el realismo de la cercanía. El ruido de la circulación, que era distinto al canto matinal de los gallos o al trinar de los pajarillos en el campo, sonaba disonante y atrevido, sobre todo por el empeño inoportuno del hombre con prisa que quería llegar a toda costa abriéndose paso entre los demás.

La prisa de la ciudad, que había captado desde arriba, era una realidad que ahora le mortificaba. No entendía por qué le pedían prisa y le increpaban si él estaba llevando la paz, ¿Acaso era necesario el mal humor y el atropello para desplazarse por la ciudad? Pensaba que el motivo de fondo de esas prisas podrían ser los problemas de las personas, o mejor dicho, la prisa era parte de la solución de los problemas, se acordaba del vuelo rápido de las libélulas y los colibrís. Descubrió que en ese desplazarse con prisa había bastante de positivo, al menos, los que podían desplazarse tenían menos problemas que otros que no podían hacerlo. Esa pequeña libertad de poder moverse era un valor de consideración para los habitantes de la ciudad, aunque no se librasen de un pisotón o alguna mala cara; de todos modos tenían que aprender a desplazarse con la inteligencia de la sencillez, con más serenidad y delicadeza. La finura de espíritu es indispensable en cualquier circunstancia.

Nuri quería conocer a los que no podían desplazarse por la calle y preguntó a uno que se desplazaba. El interrogado le señaló enseguida una larga cola que había en la puerta de un edificio muy alto. En efecto, aquellas personas no se desplazaban. Nuri se acercó para enterarse y le contaron que eran jubilados que reclamaban el pago de sus pensiones, habían pasado varios meses y no les hacían caso. El ambiente general era de angustia e indignación.

Nuri entró al edificio para observar lo que ocurría dentro. Había un largo mostrador con diez ventanillas, nueve cerradas y una sola abierta, allí atendía un empleado mal educado y prepotente. Los pobres jubilados, que se sentían victoriosos de llegar hasta la ventanilla, eran sentenciados con la disminución del sueldo sin recibir ninguna explicación. Era inútil cualquier protesta porque la máquina no podía equivocarse. (22)

El ambiente de aquella oficina clamaba al cielo; casi todos los empleados asistían a una reunión, convocada con carácter de urgencia, para conversar sobre el bingo y el almuerzo que iban a tener con motivo del día de la institución; en aquella oportunidad le otorgarían al jefe una medalla de reconocimiento por su trabajo eficiente.

Ninguno tenía preocupación de estar perdiendo el tiempo ni tampoco les interesaba el problema de los jubilados, era parte de la rutina y del sistema; ellos se habían acostumbrado a trabajar friamente, aunque la

mayoría eran grandes sentimentales. Los nuevos empleados quedaban rápidamente insensibilizados por el mal ejemplo y por la moda de pensar que la culpa es del sistema y no personal, además, para qué complicarse la vida inutilmente.

(22) *Hay un vaciamiento de sustancia en las instituciones... Muchas instituciones tienen un déficit de sentido... (Alejandro Llano, La nueva sensibilidad, op. cit. p. 30).*

Nuri, asombrado, no podía creer lo que estaba viendo, un jubilado le contó que esa era la conducta habitual de la mayor parte de empleados y que las autoridades nunca tenían tiempo, estaban con mucho trabajo y siempre hacían la “vista gorda”, como si a ellos no les tocara resolver los problemas.

Nuri con el corazón comprimido por el sufrimiento de unos y la indolencia de otros era víctima de un malestar muy desagradable. Quería resolver los problemas pero en ese momento se sentía impotente, el sistema no le daba oportunidad para intervenir con acierto.

Prisionero de su dolor y sin saber qué hacer decidió, contra viento y marea, hablar con el jefe que iban a premiar por su trabajo eficiente.

Subió por las escaleras elegantes a la mezanine donde se encontraba la gerencia. La sala de espera alfombrada de pared a pared estaba decorada con muebles de estilo y pinturas clásicas, en la mesita del centro se encontraban las últimas revistas del mercado y una suave melodía musical intentaba poner en ese ambiente la cuota de serenidad que estaba faltando. En ese lugar daba la impresión de que en el mundo no habían problemas, sin embargo las personas que estaban esperando traían en sus rostros una hiriente inquietud reprimida, intentaban conseguir un diálogo sin perder los papeles, pero era muy difícil. Aquel ambiente, que les exigía serenidad y buenos

modales, era sólo como una anestesia, porque las esperanzas de conseguir lo que estaban buscando eran muy limitadas. A Nuri le parecía una contradicción: los que se portaban muy mal con los demás exigían buenos modales, comprensión y hasta agradecimiento.

En el salón estaba una persona mayor que llevaba más de tres horas esperando al jefe y el delegado de los jubilados que traía consigo una extensa documentación con pruebas claras para que se les haga justicia. La cita para hablar de esos asuntos la habían pedido meses atrás.

Junto a la puerta de entrada a la oficina del jefe se encontraba su secretaria, sentada en el escritorio y hablando por teléfono. Nuri se acerca pero ella le hace un gesto con los dedos para que tome asiento y espere un momento.

Nuri se sentó en el sillón grande de la sala de espera. El delegado de los jubilados le hizo ver que si no tenía cita era imposible que lo recibiera. La secretaria aprovechaba la demora de su jefe para hablar por teléfono sin escrúpulos, hasta que escuchó el campanilleo de un manajo de llaves y el chasquido de la cerradura. El jefe había llegado, colgó rápidamente el teléfono haciendo gestos de ponerlo todo en orden.

Cuando Nuri quiso preguntar para saber cuándo podía entrar, se adelantó una señorita que en ese

momento llegaba diciendo que el jefe la estaba esperando, la secretaria no tuvo más remedio que darle el pase porque llevaba una tarjeta que decía que debía pasar de inmediato. La señora que llevaba más de tres horas protestó enérgicamente y se retiró acalorada, el delegado de los jubilados comentó: “es imposible que nos reciba hoy, volveré otro día” y también se retiró.

La señorita que entró se demoró horas, Nuri dominó su indignación y quiso concretar una cita con la secretaria pero no tuvo éxito, no se daban citas hasta el próximo año. De todos modos esperó sin moverse de su sitio.

Cuando faltaba media hora para terminar la jornada de trabajo la secretaria sacó de su bolso un espejo y se puso a peinar para poder salir sin demora; le molestaba mucho la presencia de Nuri que permanecía allí a pesar de las advertencias.

Nuri oyó que el jefe se despedía de la señorita y aprovechando un pequeño descuido de la secretaria logró colarse a la oficina.

“-Señor espere, espere su turno, ¡Ud. está rompiendo el orden, el reglamento de la oficina!, eso nadie lo ha hecho, no se puede permitir...” gritaba con preocupación la secretaria, pero ya era muy tarde, Nuri estaba con el jefe.

Un escritorio grande y lujoso con muchos teléfonos, uno de ellos celular, una computadora último modelo con todo tipo de programas, la pared llena de cuadros con títulos profesionales y diplomas con medallas de los méritos obtenidos; en la otra pared la fotografía grande de la promoción y varias pequeñas donde se veía al jefe en sus mejores momentos, en el librero estaban los trofeos deportivos y una cigarrera de plata con tabaco de las mejores marcas. Quienes entraban allí podían observar los logros más importantes del dueño de la oficina.

Nuri que había entrado sin ser anunciado por la secretaria se sentó tímidamente frente al escritorio y a un ventanal que le daba toda la luz en la cara. En un alto sillón giratorio, con un cigarrillo en la boca y mirando unos papeles se encontraba el jefe en mangas de camisa.

Nuri le saludó amablemente y cuando le empezó a contar el motivo de su visita, el jefe le interrumpió con una mueca de mal gusto y salió de la oficina. Como había dejado la puerta abierta, se oyó lo que le decía a la secretaria:

“-¡Pero ya te he dicho que no recibo a nadie y menos a ese burro que no tiene nada que hacer en mi oficina!”

“_Pero Señor, ¡si yo no le he dejado pasar, él se ha metido!”

“-¿él se ha metido?, ¡yo te pago para que no se meta cualquiera!”

El jefe entró violentamente a la oficina y le dijo a Nuri:

“-Me dice la secretaria que Ud. ha entrado sin tener turno y con violencia. Yo no puedo recibir a una persona que no respeta el orden.”

“-Pero el orden...”

“-No Señor, Ud. pida cita y después hablamos, ¡hasta luego!”

El jefe le llevó hasta la salida y cerró la puerta golpeándola con fuerza.

Nuri no tenía nada que hacer en esta institución, salió a la calle pasando por la gente que protestaba y siguió su camino pensando en los hombres de la ciudad.

Al día siguiente fue el almuerzo y premiaron al jefe por su trabajo eficiente.(23)

(23) *“La cultura de una empresa se traduce, sobre todo, en cómo trata a sus hombres” Alejandro Llano, La nueva sensibilidad, op. cit. p.164.*

Las calles grandes estaban llenas de vida, los motores de los carros rugían como un coro desordenado y estridente. Los improntus de alguna moto intrusa causaban malestar a los peatones que detenían su marcha para contemplarla con expresiones de protesta, sin que nada pudieran hacer. La gente andaba con prisa con la mente en alguna preocupación dominante, los guardias con sus pitos lograban acelerar el tránsito sumandose al bullicio de las bocinas de los carros inquietos, y los ambulantes, con afán de vender, voceaban sus productos por todas las calles.

Andar por la ciudad era estar sumergido en un ruidoso mundo donde todos querían conseguir algo: comprar, vender, llegar, visitar. Los escaparates de las tiendas y los letreros de la propaganda presentaban una vida fácil, como si la alegría y la felicidad de las personas dependiera de ellos. El esmero del trato en las casas comerciales contrastaba con el de las dependencias de trabajo. Algunas personas decían que se les trataba mejor en las tiendas que en sus casas, aunque se trataba de un trato totalmente superficial e interesado. Las personas descansaban de sus problemas mirando las tiendas y los escaparates, como si la vida de la calle fuera una especie de droga para salir de la realidad.

El mundo superficial de la ciudad no dejaba de ser peligroso por la existencia de personas con problemas que complican la vida de los demás. Por eso los que salían

a la calle se encontraban a menudo atropellos o malas amistades. La calle sola no daba al hombre libertad. Quien se estaba allí huyendo de sus problemas se encontraba otros, que le confundían mucho más. La soledad en medio del barullo callejero, que solía empezar con aires de bohemia y cierto romanticismo, podría terminar en la infidelidad o en la delincuencia. Por eso las personas buenas se cuidaban de la calle y se preocupaban por mejorarla.

Nuri caminaba despacio viendo todas estas cosas, quería llegar con prisa a soluciones sensatas pero no podía pensar bien, porque el movimiento de la ciudad lo tenía inquieto. Los vendedores ambulantes querían a toda costa vender sus mercancías, se le ponían por los ojos con todo tipo de ofertas y ruegos para que comprara. Nuri se sentía presionado y no sabía cómo quitárselos de encima. De pronto se le acercó una señora muy pobre que llevaba un niño en las espaldas con aspecto de enfermo, vestía unas faldas anchas arrugadas y malolientes, el cabello desarreglado le tapaba casi los ojos y en el rostro magro dibujaba una mezcla de angustia y desolación. Llevaba en la mano una antigua receta mugrienta con la medicina que debía comprar para salvar a su hijo y con una voz llorosa, en tono de desesperación, exigía el dinero con urgencia. Con el corazón roto Nuri le entregó rápidamente lo que podía y aquella pobre mujer, agradeciéndole, siguió su camino. Luego Nuri observó que repetía la misma operación con otra persona, en vez de ir a comprar la medicina.

La calle le iba diciendo muchas cosas, como si fuera un libro abierto y profundo. Más adelante, sin ir muy lejos, vió a una niña de unos quince años que lloraba desconsolada, la gente que pasaba la miraba con pena y seguían su camino, no tenían tiempo ni querían complicarse la vida. Nuri se acercó y comprobó que estaba enferma. De inmediato paró un taxi para llevarla al hospital. El chofer, que se dio cuenta del problema, hizo ademanes de estar haciendo un servicio especial de calidad y aprovechó para cobrar más. Nuri no entendía esa actitud, pensaba que tendría que ser al revés. La atención esmerada y la generosidad frente a una emergencia era un principio elemental de solidaridad humana. Sin embargo los problemas de los hombres impedían este servicio tan importante.

En la puerta del hospital había una multitud. Los médicos estaban de huelga exigiendo sus justas retribuciones, algunas enfermeras apoyaban estas medidas. Se oían insultos y gritos de protesta. La niña enferma se sentía atormentada. En el hall de entrada, un grupo de médicos, recostados en el suelo con unas frasadas, hacían huelga de hambre, los carteles pedían justicia en tono imperativo. El ambiente de tensión impactaba en todos, mientras las agujas del reloj seguían su movimiento, creando más suspenso en los que esperaban una solución. La policía, bien armada, observaba todo sin tener ordenes para intervenir y los periodistas no perdían el tiempo, iban con sus cámaras y micrófonos haciendo entrevistas a los

que protestaban y a alguno más de esos que pudieran aportar algo sobre la defensa de los derechos humanos. Estaba de moda recurrir a esos pintorescos personajes que aparecían como árbitros parcializados en todas las contiendas que tuvieran un matiz político o social, así ganaban puntos para sí mismos. Mientras estas cosas ocurrían la niña enferma empeoraba porque no encontraba quién la atendiera. Un auxiliar de enfermería intentó explicar a Nuri los motivos de la protesta haciéndole ver que ellos no tenían la culpa de las desatenciones que se estaban produciendo. Nadie quería reconocer su culpabilidad, se acusaban unos a otros creando el desconcierto y la confusión. La niña no encontró médico ni medicinas en el hospital, encontró un problema ajeno que la perjudicaba aún más. Más tarde sus familiares tuvieron que mover cielo y tierra para que ella pudiera tener un pequeño alivio en sus dolencias. Estaban aterrados porque si la niña llegaba a tener algo complicado el via crucis podría ser muy largo.

El taxista de regreso era buena gente y muy honrado, se podía confiar en él. Nuri veía los contrastes y seguía pensando.

Al salir del hospital pudo apreciar un cuadro que reflejaba dos mundos distintos e incommunicados dentro

de la misma ciudad. En un día de mucho calor vio junto a la puerta de un banco un policía uniformado con chaleco antibalas y armado con una pistola de alto calibre que la sujetaba con la mano derecha lista para disparar. Estaba con miedo defendiendo el banco y su vida de cualquier ataque sorpresivo de malhechores o terroristas; tendría algo más de 20 años. En la esquina, a unos metros, frente a una heladería había un carro último modelo con tres muchachos de la misma edad que iban con sus ropas de baño y sus polos coloridos. Estaban disfrutando de un rico helado y oyendo a todo volumen el último hit de moda. En el techo del carro, bien adosadas al capot estaban las tablas hawayanas.

A Nuri, que se acordaba de los empleados y jubilados, no le preocupaba la diferencia sino la inconciencia de esos mundos de incomunicación. Nada tenían que hacer ellos con el policía ni el policía con ellos, aunque eran de la misma generación. Se echaba de menos un saludo, un poco de ánimo, un cierto apoyo, algo de solidaridad. Aquellos detalles que son propios de las virtudes humanas, tan necesarios para apagar muchos incendios y unir más a los hombres de una misma ciudad. Lamentablemente la educación no llegaba a tanto. (24)

(24) *La sabiduría humana y el hecho social se configuran por medio de la recíproca comunicación de la comprensión.* (Karol Wojtyła, *Persona e atto*, op. cit. p. 37.

En la playa de estacionamiento, junto a la heladería, algunos chiquillos mal vestidos esperaban a sus clientes para cuidarles o lavarles el carro. Los utensilios que tenían para trabajar eran muy pobres: unas latas abolladas llenas de agua sucia y unos trapos rotos que servían para todo después de enjuagados.

La escena se repetía todos los días: cuando un carro disminuía la velocidad y hacía ademanes de querer estacionarse, ya tenía al lado de la ventanilla del chofer una invasión de chicos pidiéndole trabajo, algunos se adelantaban a limpiar el parabrisas sin el permiso del cliente. Qué difícil resultaba decidir en esas circunstancias, cuando la sociedad reconoce ese trabajo y son muchos los que tienen necesidad. Se veía, como en los demás trabajos, que alguno tenía más suerte, quizá el más vivo, sin embargo el cliente se sentía cada día más amenazado porque si se negaba a dar trabajo, su carro corría peligro. ¿Cómo solucionar estos problemas de la ciudad? En la calle se tenía cada día menos libertad.



**ALEGRÍAS Y PENAS DEL
PARQUE INFANTIL**

El parque de la ciudad, donde jugaban los niños, era grande. Los columpios y los toboganes estaban pintados de color rojo y contrastaban con el verde de los altos álamos que con sus anchas hojas, movidas por el viento, parecían abanicos. Las carretillas de helados con sus campanitas, llamaban la atención de los niños, que sabían muy bien de variedades y sabores. Por otro lado el organillero reunía a su público con un monito simpático que sacaba de un pequeño cajoncito la suerte y la sorpresa para quienes compraban el boleto. Más allá estaba el barquillero vestido de blanco y el turroneo que tenía también alfajores y manzanas acarameladas de color rojo. En la puerta del zoológico vendían algodón dulce y cancha salada; junto a la laguna se encontraba la canasta con las habas y las rosquitas. Algo de plata había que llevar para contentar a los niños que siempre estaban con hambre y si era santo de alguno, allí también vendían globos, pitos, cerpentinillas y pelotas de colores para los varoncitos y muñecas para las niñas.

El ambiente del parque infantil era tradicional, allí existía la paz y se podía descansar viendo los verdes árboles o la laguna con los patos blancos que nadaban como emperadores reinantes sin que nadie les molestara, y sobre todo el juego ingenioso de los niños que disfrutaban gastando sus envidiables energías. Si uno quería grabar un recuerdo allí estaban los fotógrafos con sus tripodes de madera y sus máquinas antiguas exhibiendo unas fotos amarillentas. Estos personajes eran una

institución en el parque, iban elegantemente vestidos, con las mangas de la camisa remangadas y sujetas con una liga; junto al cabellete en una lata, llevaban el líquido que fijaba las fotos al papel, también se podía ver la manga negra y larga de la máquina que era como el cuarto oscuro donde trabajaban con una gran habilidad.

Nuri se fijó en el mundo infantil y se dio cuenta que la alegría de los pequeños dependía de los mayores. Los niños más felices en sus juegos procedían de hogares estables y sanos, donde no faltaba el cariño. Los niños que tenían ciertas preocupaciones y temores daban a entender que las cosas en su casa no iban tan bien.

Nuri quiso fijarse más en el ambiente del parque y se quedó allí una semana observándolo todo.

Durante el día en el parque había más vida que la que daba el sol, el aire fresco y la agradable vegetación. Era un cuadro conmovedor que se repetía todos los fines de semana: los niños jugando alegremente. Entrar al parque era ver niños correr y también escuchar, con el chirreo de los columpios, algún lloriqueo o llamada de atención y el sonido del organillo con su suave melodía penetrante. También se podía observar el colorido de los globos y las cometas mientras se llenaban los pulmones del

aire fresco, con el aroma del jardín recién cortado; parecían perlas las gotitas de agua que habían sobre los pétalos.

Al ponerse el sol, cuando los niños se regresaban a sus casas, era todo distinto, como si hubiera llegado la tristeza; pero era una pena dulce: el recuerdo entrañable de la ternura y el deseo de ser sencillo como los niños. Por la noche, el silencio y la quietud, todo parecía muerto y sepultado por la negrura del cielo, hasta el día siguiente. El amanecer traía la esperanza de la vida con la presencia de los niños y la felicidad grande de estar en el parque sin problemas. Los mayores necesitamos estos parques infantiles y mucha inocencia de los niños para ser felices.

Nuri, que se fijaba en las conductas de las personas, se dio cuenta que la buena actitud en un momento determinado, podía significar mucho para lograr que alguien resuelva sus problemas y que todos podían colaborar en este sentido. Se acordaba de Betél y del buen taxista, no eran personajes importantes de la ciudad, pero conseguían hacer felices a los demás con la buena conducta. Algo parecido sucedía en el parque de los niños, los pequeños venían felices de sus casas pero en el nuevo mundo del parque aparecían otros factores que podían variar esa felicidad. No bastaba con que los padres pensaran tranquilamente que los niños jugaban, había que ver si el ambiente era adecuado o no. Todo dependía de las personas que estaban allí.

El parque de los niños tenía tres guardianes que se turnaban el trabajo cada semana. El modo de ser y las actitudes de cada uno influían notablemente en ese lugar de diversión infantil. Los niños, que perciben la calidad y las virtudes de las personas, sabían comportarse de acuerdo a quién esté y Nuri empezó a vivir una experiencia muy interesante fijándose en cada uno.

El primer guardián tenía poca influencia en la vida de los niños por su falta de autoridad. Era tan hogazán, que se dormía con frecuencia leyendo el periódico y descuidaba su trabajo. Cuando estaba en el parque, había desorden y caos: los niños más grandes abusaban de los pequeños, los más díscolos se metían a los lugares prohibidos y los más buenos se sentían inseguros y sin apoyo. Parece que a este guardián sólo le interesaban sus asuntos familiares y algunos negocios que tenía con sus amistades, los niños le traían sin cuidado.

El segundo guardián parecía el extremo opuesto. El celo por su trabajo era tan grande que no dejaba hacer nada, tenía un carácter horrible; para él, todos los niños se portaban muy mal, los amenazaba y chillaba tocando constantemente su silbato y señalándoles todo tipo de prohibiciones. No tenía rectitud de intención, más que servir a los niños le interesaba su prestigio como guardián, que sus jefes vean el orden de su trabajo y tengan buen concepto de él. Con esta actitud se ganó más enemigos que amigos, los niños le tenían miedo y se corrían, otros no

venían al parque; las niñas, sólo con verlo, se ponían a llorar, porque creaba un ambiente de tensión y nerviosismo. Presumía de su autoridad, pero nadie le hacía caso. Se ganó el rechazo general y el día que lo cambiaron todos se pusieron muy contentos.

El tercer guardián era diferente a los anteriores. Todos los días llegaba puntual porque estaba contento en su trabajo y quería encontrarse con la gente. Se le veía feliz de la vida, respetuoso, atento y dispuesto a servir a los demás. Tenía la inteligencia de la sencillez. Atraía a los niños que se sentían seguros y felices porque podían correr, jugar, divertirse y hacer alguna pequeña travesura sin ningún temor. El los miraba con cariño y los pequeños hacían méritos, porque valoraban mucho el concepto que pudiera tener de ellos. Era un verdadero líder de la juventud, la gente siempre le buscaba porque tenía criterio para resolver cualquier problema del parque y también de los niños, a quienes conocía muy bien. Algunas mamás se acercaban para preguntarle cómo veía a su niño porque valoraban mucho lo que él les pudiera decir. Este guardián consiguió tener el parque ordenado y ser amigo de los niños, sólo se ganó la envidia de algunos colegas.

Nuri ganaba en experiencia y tenía más ejemplos para demostrar que la inteligencia de la sencillez era lo que estaba faltando para salir adelante haciendo felices a los demás.

El parque de los niños era una escuela de sencillez, valía la pena contemplar aquellos mundos infantiles con vivencias riquísimas e inolvidables de criaturas con el alma limpia y trasparente, como el agua cristalina. Los juegos divertidos y encantadores dibujaban unos cuadros muy interesantes que hacían pensar: la destreza y viveza de los más experimentados, las timideces y esfuerzos de los novatos, los miedos de las niñas en los columpios, el asombro con que miraban a los patos o al monito del organillero, la ilusión por los chocolates y caramelos, la alegría de ver pasar un avión, el respeto a los perros callejeros y muchas más escenas encantadoras llenas de filosofía. Para los niños no importaba la hora o el tiempo, miraban la naturaleza aprendiendo lo bueno, con la ayuda de alguna voz cariñosa que les enseñaba a seguir siendo sencillos en el mundo de lo bello.

Hermosos estaban los pajaritos en sus nidos mostrando su ternura, las mariposas multicolores con sus vuelos divertidos pintaban la delicadeza y la finura, los niños las cogían de las alas y las niñas pedían libertad para esos animalitos de Dios, se sentían protectoras.

Los domingos de primavera los bebés recién nacidos tomaban el sol en sus coches, sus hermanitos mayores los cuidaban de las agresividades que podían aparecer: las moscas o algún insecto, el polvo o las manos sucias de algún niño. Las niñas mayores se sentían mamás cargando a los bebés y lo hacían con bastante celo, ellas

querían ser las únicas. Y en esos ambientes se oían expresiones de ternura de los mayores que disfrutaban de la infancia y aprendían a ser niños. (25)

(25) La gran cantidad de expresiones indica una riqueza y una diferenciación de estados afectivos. (Karol Wojtyła, *Persona e atto*, op.cit. p. 255.

Existían en el parque unas bellisimas personas que no llamaban la atención y eran pieza clave para que todo funcionara con normalidad: las empleadas del hogar. Ellas trabajaban en auténticas tareas de servicio: vigilar los juegos de los niños, darles de comer, abrigarles cuando hacía frio, curarles de las heridas, comprar lo que hiciera falta y llevarlos nuevamente a la casa. Ellas hacían todo y estaban listas para cualquier eventualidad.

Nuri miró con atención ese trabajo y le pareció grandioso ¿Si la gente se diera cuenta de lo importante que es servir y estar al mismo tiempo en un segundo plano, sin brillar? Esta podría ser la mejor profesión del mundo y el modelo de las demás, para embellecer a la familia con una dedicación llena de cariño.

En el parque muchas chicas estaban felices trabajando, se las veía animosas, con iniciativa, muy identificadas con los niños y la casa, se sentían realizadas colaborando en todo momento al orden y a la alegría de aquellos hogares que atendían. Contaban, que otras chicas no habían llegado a ese nivel de felicidad, porque les faltaba descubrir el verdadero sentido de su trabajo; además en la calle, por influencia de ideologías equivocadas, les habían dicho que esa profesión debería desaparecer, porque era una explotación de unas personas por otras. Estas ideas, que recorrieron el mundo, fueron una torpeza

intelectual, causaron estragos en muchos hogares y la situación de la familia empeoró.

Hoy, gracias a Dios, se está empezando a pensar diferente, la profesión de servicio tiene todos los recursos para una auténtica realización personal, todo ser humano necesita aprender a servir. Para una persona que sabe amar, el servicio es un honor.

Tampoco se puede dejar de advertir la presencia del servicio en todos los trabajos y profesiones del mundo, como una cualidad que eleva el nivel de las personas.

Casi todos los puestos de trabajo son como pequeñas piezas de una gran maquinaria que funciona con el concurso de seres humanos que dedican su tiempo y su talento. En las oficinas, fábricas, tiendas y empresas los puestos suelen ser de servicio y ninguna persona se siente humillada por trabajar en esos sitios. Los restaurantes y hoteles tienen cocineros, camareros, personal de servicio; los hospitales, las dependencias del estado, las oficinas particulares tienen secretarias y auxiliares que están sirviendo todo el día, con mucha dignidad, a la institución y a la clientela.

La familia es más importante que las empresas, hoteles, restaurantes y cualquier oficina. La educación y atención de los niños en una casa tiene

prioridad, ¿por qué va a ser humillante trabajar para la familia?, cualquier padre o madre de familia con sentido común sabe bien lo importante que es para la sociedad la profesión de empleada del hogar. Lo que pasa es que en el mundo han funcionado campañas que proceden de ideologías que atacan a la familia y han sembrado falsedades por todas partes, echando tierra a esta profesión, que eleva al ser humano haciendolo servicial. Con el paso de los años las profesiones del hogar irán ganando en nivel humano y profesional. Es importante la calidad y la preparación de las personas que se dedican a estas tareas. Una de las cualidades fundamentales es la inteligencia de la sencillez. No se requieren grandes lumbreras, ser buenas personas es la condición fundamental, que está al alcance de quienes han aprendido a luchar contra el “yo” para servir a los demás.

Nuri encontró en esta profesión las cualidades que él tenía en su propia naturaleza y que procuraba transmitir por todas partes. El desprecio que el mundo le daba a este tipo de actividad se había convertido para él en una señal de predilección. El mundo está rechazando lo que más necesita.



**LA BELLEZA Y EL ARTE
DEL BUEN TRIUNFO**

Al salir del parque infantil se podía caminar por un extenso paseo de glorietas donde la lluvia de oro, que trepaba por las paredes y techos de las pérgolas, dejaba su aroma de fresco y el color de la naranja. Los geranios al borde del camino de ripio y las piedras pintadas de blanco le daban a los jardines cierta solemnidad, las personas podían andar o sentarse en los bancos verdes de fierro y madera que se confundían con la vegetación ordenada de los cercos de granado, que parecían verdaderos muros de concreto. Eran los lugares preferidos para la inspiración, cuando el romanticismo se quería apoderar del alma.

Nuri disfrutaba de la elegancia de esos ambientes donde los hombres podían descansar cuando se sentían fatigados por los trajines y trabajos de la vida. Salir a tomar el aire al parque era llenarse los pulmones y la mente del rico frecor de la paz, al menos así lo proponía el lugar. Pero no todo era “color de rosa” en esos paisajes bellos de la ciudad, algunas parejas de enamorados encontraban allí su “habitat” para manifestaciones afectuosas pasionales, quitándole al parque, el ambiente sano de paz y libertad. Aquellas escenas eran una violencia para las personas que pasaban por allí con deseos de pasear y descansar, se sentían expulsadas por esos invasores que se creían los dueños de esos lugares y les molestaba que se acercaran “extraños”.

Nuri experimentó desagrado al ver la ausencia de una autoridad con criterio, que supiera hacer

respetar la libertad de circulación que se merecen las grandes mayorías. También le preocupó la situación de las parejas con escaso criterio moral. Esas conductas, llenas de ligereza y sensualidad, estaban mostrando con sus actos una ignorancia supina o una sinvergüencería que clamaba al cielo. No eran manifestaciones de un amor humano limpio que engrandece y dignifica a la persona, sino expresiones que denigran y dejan un sabor amargo. Todos los seres humanos podemos distinguir en nuestra conciencia el verdadero amor del amorío, lo que pasa es que cuando no se vive como se debe pensar se termina pensando como se vive, es una corrupción del pensamiento y no una opción diferente. Las expresiones íntimas y pasionales realizadas en lugares públicos, a la vista y paciencia de cualquiera, no pueden ser, en ningún lugar del mundo, actos honestos; esto lo dice la conciencia de cualquier ser humano que tenga rectitud de intención.

Muchas ciudades, que cantan a la libertad, se ven invadidas de cientos y miles de lugares de violencia que afectan la verdadera paz y felicidad de los demás ciudadanos. Si los países se organizan bien para combatir las plagas y enfermedades que amenazan a una población, se deberían organizar también para atacar seriamente y con valentía las grandes plagas de inmoralidad que invaden el mundo. La libertad, sin esta lucha decidida, es una falacia, se queda en la queja del hombre egoísta: “¡que me dejen en paz!”, grita mientras se hunde él y los que le acompañan en esa triste aventura de esclavitud.

Frente a los bellos jardines contíguos al parque infantil se levanta, en una gigantesca explanada que domina la vista, un imponente coliseo deportivo. Allí acudían los atletas para competir y ganarse las medallas y trofeos. Hombres y mujeres jóvenes entrenaban diariamente y el fin de semana, los aficionados acudían a ver los partidos programados. Los espectáculos eran variados: gimnasia, volley, basket; entre otros.

Nuri acudió el domingo cuando el coliseo estaba abarrotado. Los miles que llenaban las graderías hacían barra a su equipo preferido y mostraban una unidad profunda, al menos durante el partido. Se veía la fuerza de la pasión por la victoria, las esperanzas de ganar las manifestaban de forma ostentosa y con un alto grado de certeza en el triunfo; al final los hinchas del equipo ganador salían llenos de satisfacción y los perdedores, defraudados, se retiraban cabizbajos, queriendo olvidar pronto la triste experiencia. Esas escenas se repetían siempre. La verdad es que ambas hinchadas se olvidarían pronto de los momentos de unidad compartidos, porque la vida pesaba más que la afición deportiva, al menos así era en la mayoría. Además la verdadera unidad se tejía con el amor y el sacrificio, de una manera más profunda.

Nuri bajó por las graderías al lugar donde se encontraban los deportistas y se acercó a uno de los

suplentes, que estaba sentado en el banquillo. Este jugador tenía la camiseta pero nunca tuvo la oportunidad de jugar por el equipo titular. Cuando jugaba con sus amigos se entendía muy bien y era brillante, pero en el equipo, la presencia de algunos y las preferencias del entrenador opacaban su capacidad. A pesar de esos inconvenientes quería mucho a su equipo y a la camiseta. Era un suplente leal que no le importaba estar en un segundo lugar, aunque tenía capacidad para ocupar los mejores puestos. Sus dirigentes, sin quererlo ni darse cuenta, le estaban haciendo un favor.

Nuri admiraba la brillantez de la lealtad y este jugador le parecía un ejemplo para muchos que en la sociedad deberían ser, teniendo una gran capacidad, suplentes leales.

El equipo que había ganado el partido jugó mal y dio un espectáculo bochornoso. El entrenador para justificar los puntos ganados decía: “lo importante es ganar y no cómo se gana”. El equipo perdedor se lamentaba del pésimo juego de su adversario, que había recurrido a artimañas para ganar el encuentro, y sacó a relucir algunas jugadas espectaculares que ellos habían hecho, pero sin ninguna eficacia. El entrenador decía: “no sólo es importante ganar sino cómo se gana”. Ellos habían perdido pero jugaron con más arte y belleza.

Nuri se quedó pensativo, veía que había un ganador pero los argumentos de los entrenadores no estaban

completos, cada uno defendía su parte y en ambos existían elementos rescatables. Estaba claro que el ganador tenía la gran ventaja de la victoria, pero cada día era más importante el cómo. No se trataba de defender la belleza sin la eficacia del triunfo sino de poner luces sobre la victoria con la belleza de los medios. Era mucho mejor vencer con belleza que sin ella; los medios buenos remueven muchas cosas buenas.

En el mundo hay gente que gana dejando un alto costo de sufrimiento a su alrededor y una gran estela de descontento. Estos no suelen ser los mejores. Hay otros que no ganan porque quieren contentar a todos, estos son peores. En cambio hay otros que saben ganar haciendo ganar a los demás por un camino grato donde la alegría y la generosidad son constantes. Había que conquistar para todos esta forma de hacer ganar con la auténtica sencillez, que tiene tiempo para mirar y admirar las particularidades, el oro fino del arte de Dios, que las posee el ser humano escondidas en su interioridad.

La sencillez llama a la sencillez. Se muestran esos tesoros cuando se confía en la buena interpretación del sencillo que no adultera, para criticar o manipular, el ser bello de las personas.

Para el sencillo estas conquistas no son ocasionales sino diarias. Es todo un despliegue de detalles de generosidad donde el cariño no tiene vergüenza de manifestarse con sencillez, como verdadera expresión de

querer, sin disfraces de durezas y sin los vicios melosos de la falta de virtud. Hay una trasmisión de un querer muy profundo que une a Dios con el arte de un corazón que funciona como el mejor instrumento. (26)

Conviene dejar con el triunfo, el aire tonificante de la calidad de lo que se está haciendo. La victoria no debería dejar atropellos y heridos en el camino, sí, las propias heridas del buen caminante. Es posible lograr hacer bien las cosas contando con todos. El que realmente triunfa se lleva a todos hacia arriba, también el adversario puede ganar en experiencia por el buen ejemplo y la calidad del rival que le venció. El hombre debe aprender a hacer las cosas de tal forma que todos puedan tener un buen piso y una buena pértiga para subir y saltar, aunque algunos tengan que pasar por la vindicación, (27) como en las buenas familias.

Las reglas de los deportes estaban dadas para que los jugadores puedan desarrollar el máximo de sus capacidades y el juego tenga un nivel alto de esplendidez.

Los entrenadores de los equipos presentaban distintas tácticas que elaboraban con los conocimientos técnicos y la experiencia personal. Al equipo se le podía conocer por su entrenador, porque éste proyectaba un estilo de juego que había sido practicado y aprendido por sus jugadores.

(26) *La emotividad no es fuente de disgregación de la persona.*
(Karol Wojtyła, *Persona e atto*,...op.cit. p.276).

En la observación de los entrenamientos Nuri resumió las características específicas de dos tipos de entrenador que a su juicio representaban dos modos de ser habituales en el mundo: el que buscaba que todo se adecuara a su estilo y el que buscaba adecuarse al estilo de los demás. El primero creía que el éxito estaba en la obediencia a su método y el segundo pensaba que el éxito llegaba si descubría cómo aprovechar mejor las particularidades de cada jugador. El modo de ser del primer entrenador tenía los siguientes rasgos: mal carácter, trato brusco, exigía un juego pegado al reglamento, enemigo de las particularidades, molestia frente a las iniciativas, expresiones tajantes y dogmáticas. Los rasgos del segundo entrenador eran distintos: amigable, cercanía a sus pupilos, aprecio de las diversas cualidades de cada uno, señalar esas particularidades para que se conocieran bien, estar a favor de los jugadores consiguiendo que respeten las reglas del juego.

Los jugadores del primer entrenador se sentían temerosos y fallaban más veces por la tensión a la que estaban sometidos, luego entraban a una etapa donde dominaba la indiferencia con respecto a la dirección y el cuidado del prestigio profesional frente al público y a la institución, cuidaban mucho su imagen como jugadores.

Los jugadores del segundo entrenador se sentían comprendidos y estimulados gracias al ambiente de amistad que tenían, se ayudaban unos a otros; el equipo

se ensamblaba bien porque había una verdadera solidaridad entre ellos.

En este complejo mundo del deporte Nuri descubrió un gran campo para el desarrollo de la inteligencia que tenía relación estrecha con la virtud de la sencillez.

El científico más culto, si era sencillo, podía distinguir en el deportista una inteligencia para su campo que él no poseía. El deportista inteligente y sencillo, también podía admitir unas cualidades admirables en el científico para su campo específico. Si ambos eran sencillos e inteligentes se admirarían mutuamente y se darían cuenta de las limitaciones personales en los campos que no son suyos. Esta era la inteligencia de la sencillez

(27) Castigo que se da a quien se portó mal con el fin de recuperarlo y lograr que sea justo pagando por su error.

El inteligente sabe que no sabe muchas cosas y sabe quién sabe. Esta genialidad le permite contar con la gente y consultar para aprender, sin intervenir alegremente en lo que no es de su incumbencia. Poco inteligente es el que cree que lo sabe todo y opina con aires de seguridad y suficiencia, también el que piensa que lo suyo es siempre lo mejor y no da opción a otros, o pone las cosas muy difíciles para los demás. En muchos ambientes de nuestra sociedad contemporánea los que no saben nada quieren tener la voz cantante y como la ignorancia es atrevida, se empeñan en mandar como si fueran dueños de la verdad. Quien no posee la inteligencia de la sencillez suele ser muy amigo del monopolio a su favor, le cuesta mucho descubrir (tampoco le interesa si no le puede sacar partido personal) las capacidades de los demás y la buena apertura de la competitividad.

Nuri, veía la diferencia entre los entrenadores, ¡qué ventaja tan grande para la inteligencia de la sencillez!, quien la poseía tenía todo a su favor, las cosas salían bien con un futuro esperanzador y lleno de posibilidades. Era diferente en los que no poseían esta cualidad, porque en ellos bailaban las razones y las teorías sin llegar a cuajar, cansaban como un cuento aburrido narrado con la rutina del cumplimiento. Es fácil señalar como importante algo que vale poco, para sentirse importante y encontrar allí cierto “status” para una relativa seguridad.

Uno de los problemas actuales más serios del mundo es el que origina el hombre poco capacitado que

quiere intervenir en todo sin haberse dado cuenta de su escaso conocimiento o preparación. Este mal ha ingresado también al terreno espiritual, las sectas han proliferado por todas partes, hoy existen, desgraciadamente, muchos iluministas (28) que van con sus teorías llenas de superficialidad convencidos de poseer una idoneidad respetable, adoptan posturas arrogantes y altaneras queriendo ocupar los puestos para tener un poder de influencia.

En los tiempos actuales resulta fácil subir sin saber, ocupar puestos sin tener condiciones, disfrazarse para aparentar, permanecer como pieza clave estando roto. El influjo que ejercen estas personas es el contrario al de la inteligencia de la sencillez. Cuando el servicio se corrompe todos pierden y se encuentran posturas duras que maltratan a los demás.

Los regímenes totalitarios que han destrozado muchos países surgen de mentalidades enfermizas que crean una mística de poder con unos parámetros que limitan las múltiples posibilidades de desarrollo de las personas individuales. Son como el entrenador empeñado en que todos pasen por el aro de su táctica y no descubre la inmensa potencialidad de riqueza que hay en cada jugador.

El iluminismo contemporáneo es más peligroso cuando las actitudes de las personas se vuelven mesiánicas. (29)

Los mejores puestos de la tierra son para servir y no para “mandar”. Ese “mandar” peyorativo es una enfermedad de muchos que creen estar sobre los demás, situación que indica corrupción y anula la verdadera inteligencia. (30)

Cada persona vale por lo que es y no por lo que tiene. El puesto no hace a la persona sino la persona al puesto. Lo mejor del puesto es la calidad de la persona que esté; por eso se requiere en los mejores puestos las mejores personas. La persona que mira al puesto para una realización personal no es idónea para ese puesto a no ser que madure y rectifique su intención. La sociedad necesita auténticos servidores y no personas que estén pensando, con exceso, en sí mismas. Los auténticos servidores de una sociedad deben ser los que han luchado para ser personas, o sea, para que sus cualidades de servicio sean reales. Los mejores son los que pueden servir más con la virtud de la sencillez.

(28) *Iluminismo: doctrina “mística” basada en la creencia de una iluminación interior, inspirada directamente por Dios, que se acompaña a la vez de groseros errores morales. Floreció en Europa en los siglos XVI y XVII. Es también una actitud que responde a un estado de religiosidad exaltado, anárquico, individualista... (GER, Tomo XII, voz iluminismo.)*

(29) *Actitud mesiánica: sentirse el esperado, el único que puede salvar; mostrarse dueño de los criterios y del futuro de las personas.*

(30) *Lo nuevo y específico de la crisis actual es que se trata de una crisis de gobernabilidad, la cual -y éste es lo verdaderamente inédito- no surge de un defecto de organización, sino más bien de un exceso de ella. Se trata de un orden que engendra desorden. (Alejandro Llano, La nueva sensibilidad, op. cit. p. 28).*

Los mejores no son los que se suben a un sistema y viven bajo el amparo de otros, los amigos de la vara o de la coima, los que lograron conseguir prevendas con todos los recursos del oportunismo, los que sólo se preocupan de la forma y no les importa el fondo, los falsos, los que han perdido la rectitud de intención y la unidad de vida.

El conjunto o argolla de los peores es una aberración que genera sistemas injustos llenos de trampas. Es como andar por una calle donde han soltado serpientes y leones. No se sabe de dónde ni cómo vendrá el ataque y después, además, hay que pagar, durante años, los platos rotos, si es que antes no ocurrió alguna desgracia peor.

La experiencia de los mejores es la experiencia de la comprensión, una rica herencia de una existencia eficacísima para resolver, día a día y minuto a minuto, los problemas humanos, con verdadero cariño. Este ser mejor es el que busca el mundo, el hombre que entiende a los demás, que llega, que se deja querer por amor a los demás para ser vehículo de riqueza. (31)

Es la inteligencia de la bondad, la que brinda a la mente un paisaje precioso que descansa y hace agradecer, porque todo es bello y valioso. En este mundo del ser bueno, la exigencia es la propia vida ejemplar, que mantiene una tensión de amor, que es la fidelidad. La sensación que se tiene es como la del ave que vuela alto sin

esfuerzo, dominando los espacios con serenidad, e invita a volar, porque hay cielo y espacio para todos.

El que sabe mandar da mucho con corrección y oportunidad. La inteligencia de la bondad no es una ingenua bondadosidad inmadura, es la inteligencia de la confianza en el ser humano y en la gracia de Dios; es creer en las personas cuando luchan por ser bellas para embellecer los paisajes de este mundo. Es creer que las flores pueden renacer y recuperar la belleza propia que habían perdido. Dios quiere que todas las personas sean bellas con la belleza que El les puso.

La inteligencia de la bondad se identifica con la inteligencia de la sencillez. Sólo se puede percibir la esencia de la bondad humana en la vida real, desde la sencillez adquirida. La inteligencia de la comprensión es propia del sencillo: es el que sabe más porque quiere mucho; bondad con bondad se suman, para subir a las alturas de la buena comunicación. Estos ascensos podrían estremecer a los que no comprenden ni entienden por estar culpablemente complicados, mientras los demás progresan en la conquista de lo más valioso. (32)

La buena apertura de la inteligencia de la comprensión tiene grandes recursos para hacer ganar a todos de una forma honrada, justa y equitativa. El hombre de buen corazón no se pondrá nunca un "status" de presunción para dominar a los demás. Su "status" será el

suelo para servir, el plano más bajo, ser el último. (33)

(31) *La experiencia de cada cosa situada fuera del hombre se asocia siempre a una propia experiencia...La experiencia no es sólo recibir impresiones...La comprensión de sí se compone de muchas experiencias. Parece que cada experiencia se hace con una suerte de comprensiones...Cuanto más numerosos son los hombres que se juntan en la experiencia de otros, tanto más grande y rica es la experiencia...La experiencia del hombre se encuentra en base a su comprensión. (Karol Wojtyła, Persona e atto, op. cit. pp. 21-27).*

(32) *El hombre está abierto a lo trascendente, a lo absoluto; posee un corazón que está inquieto hasta que no descanse en el Señor. (San Agustín, Confesiones, I, ¡Ñ CSEL 33,1q).*

(33) *Se deben buscar modos de vida que lleven a una mayor integración y comunicación entre las personas singulares. (Alejandro Llano, La nueva sensibilidad, op. cit. p. 40).*



LOS COLORES INCOLOROS

Nuri salió del estadio y se puso a pensar sentado en una banca de la avenida. Los carros pasaban al atardecer encendiendo sus faros mientras las hojas de los árboles ennegrecían el ambiente; los peatones, como siempre, iban y venían con rostros parecidos y pasos presurosos. La mirada de Nuri otorgaba silencio al bullicio callejero, porque sonaban más las ideas que golpeaban en su mente. ¿Quién iba a ordenar esa sociedad tan desordenada? Siempre llegaba a la misma conclusión: las personas buenas. En un instante pasaron por su cabeza las vivencias pasadas: el hombre poderoso que había muerto con honores, pero era una flor marchita, aquel jefe de la dependencia que actuaba con indiferencia e injusticia, los malos cuidadores de los parques, algunos médicos de la huelga, el taxista que se quiso aprovechar del dolor ajeno, el mundo irresponsable de algunos adolescentes, los malos entrenadores; ¡había tantos que no hacían las cosas bien! y lo peor es que algunos ocupaban puestos importantes. Estas personas no podían ser libres, eran esclavos y estaban esclavizando a los demás. ¿Cuál sería la solución?

Nuri sabía que el camino no estaba en los sistemas sino en las personas. Había que seguir buscando personas buenas para formarlas bien. Todo ser humano tiene capacidad de ser formado. Si ha crecido el mal es porque se ha descuidado la formación.

El mejor no es el que se ajusta a un sistema sino el que es buena persona, su belleza debe relucir para el bien de los demás esté donde esté, es como un cántico de

paz y de bondad que se percibe claramente. El poder del bien y la belleza es real y de conquista, surge en medio de los aparentes triunfos del mal que invade la sociedad. El mal siempre pierde, aunque parezca eterno su poder; tarde o temprano se desvanece como un castillo de arena.

Frente a la alameda, en medio de los portales, estuvo funcionando la tienda de Alberto durante diez años. En todo ese tiempo le fue de mal en peor. Siempre decía, para justificar sus fracasos, que la vida era muy difícil y que la gente no tenía dinero. Cansado por las pérdidas y las crecientes deudas decidió venderla. Ricardo compró la tienda y tomó las riendas del negocio. Hizo unos cuantos cambios con verdadero entusiasmo e inició una campaña para promocionar sus productos. En poco tiempo se dejó ver el éxito: la tienda estaba siempre llena de gente, todo el mundo quería comprar allí.

Nuri se acordó de las flores de Betél y pensó que el éxito o fracaso de las empresas se debe fundamentalmente a las personas. Unos pueden y otros no; se refería al poder con la belleza del ser.

Existen personas sin compromisos con los “poderes” mundanos, que valen oro por la conquista de su interioridad sin ser de oro. A veces el cobre sirve mejor que el oro y sólo Dios puede convertir el cobre en oro.(34)

(34) *¿Qué vale más: un kilo de oro o uno de cobre?...Y, sin embargo, en muchos casos el cobre sirve más y mejor que el oro. (Josemaría Escrivá, Surco, n.286).*

Las horas avanzaban en el mundo de la reflexión sin que la calle molestara; al contrario, lo que sucedía encontraba rápidamente relación con lo que pensaba como si la Providencia alcanzara las ideas bañadas de sentido común.

Por la misma acera se acercaba un grupo de muchachos que parecían salir del cine. Los chicos miraban a las chicas y ellas a los chicos. Mirando las miradas entre ellos sólo se podía concluir que era lógica la atracción entre el hombre y la mujer, les gustaba mirarse. Ir más lejos y tratar de juzgar las intenciones de esas miradas era poco inteligente, por eso Nuri al mirar la escena no decía nada, en ese momento lo más inteligente era el silencio, sin embargo esa sencilla escena era como una luz muy clara para darse cuenta de lo importante que es formar la afectividad de la personas y eso dependía fundamentalmente de la familia; dejar a esos chicos sólo sin tratar de ayudarles, con unos buenos consejos, sería un error considerable. (35)

Aquellos muchachos hablaban y reían al mismo tiempo, como en una competencia de protagonismo, llamando la atención de los peatones. Como en todos los grupos, había uno que destacaba del resto, pero no era por la belleza de su ser; daba pena verle, un muchachote alto, de buen aspecto, brillante para la burla y el sarcasmo. Lo

hacía con tanta gracia y acierto que todos lo seguían. Este “líder” juvenil no era más que un botón de muestra para indicar que en el mundo hay miles que siguen el camino impuesto por una fuerte personalidad, aunque no sea el mejor.

Nuri tenía una razón más para pensar que había que preparar líderes buenos, con personalidad y criterio. Ellos vendrían no de los que se adjudicaban las virtudes con arrogancia, haciendo alarde de superioridad, sino de los verdaderos virtuosos que recorrieron el camino de la lucha por ser mejores para servir a los demás.

Nuri se levantó de la banca y se puso a caminar por la alameda. La noche ya había llegado y el bullicio de la ciudad se empezaba a perder, la bocina de algún carro que aparecía de improviso sonaba en el vacío como una terrible alarma, los semáforos con el ambar intermitente llamaban a una mayor atención, el viento frío aumentó y se llevaba las hojas caídas con la prisa y la sorpresa de un ladrón.

Las calles vacías seguían siendo un excelente escenario para la reflexión, ahora sólo se movían los letreros que parecían más grandes sin la gente, se sentía más fuerte el aire que pasaba para perderse en la oscuridad de la noche. Nuri seguía caminando con sus pensamientos como si se encontrara sumando sin llegar todavía al resultado.

El negro café despedía el olor del insomnio cuando el humo del tabaco retrataba el pasar de las horas, sin embargo las soluciones concretas no llegaban todavía, como el estudiante que tiene examen y se encuentra sin poder avanzar, con un cerro de problemas para madrugar.

Nuri había entrado al bar de los bohemios, un lugar de la ciudad para pensar, donde la hora no tenía cita. Esa informalidad lograba que estuviera más lleno de madrugada que de día.

Aburrido, en la mesa del fondo, se encontraba Sartenón, el más grande filósofo de la ciudad. Iba vestido de gris tirando a negro, su cuello estaba cubierto por una gruesa chalina del mismo color y su rostro adusto, oculto bajo una negra barba, era la expresión de la inconformidad total. Había dejado de sonreír hacía muchísimos años por dedicarse con profundidad a su filosofía. Sin amigos ni tiempo para salir con nadie, pensaba con angustia existencial, descuidando llevar al cenicero, la larga ceniza de su cigarrillo; los ojos perdidos detrás de unas sucias lunas no tenían la fuerza de la esperanza, estaban como muertos con el brillo del cansancio, que parecía eterno. Allí dormía y pensaba sin llegar nunca a soluciones alegres.

(35) *Los sentimientos se diferencian por su contenido emotivo.*

(Karol Wojtyła, *Persona e atto...* op.cit. p.275).

Nuri, estupefacto con el cuadro, temía que sus pensamientos le llevaran a algo semejante. ¿Acaso los que piensan tenían que ser raros? La rareza no es un signo de inteligencia, al menos del concepto de inteligencia que tenía él; convencido de que no encontraría luces en aquella persona original, se acercó con la sana curiosidad de estudiar el fenómeno. No comprendía cómo los entendidos de la sociedad podían hacer caso a una persona con esos aspectos tan desagradables.

Frente a la mesa había un televisor encendido con un video clip de unos rockeros que cantaban con expresiones de inconformidad y daban unos saltos que eran como una revolución instantánea; las luces intermitentes y los movimientos de las cámaras colaboraban con la informalidad; las caras no tenían nada que envidiar a los hombres de las cavernas de las épocas primitivas, no se veía que pudieran pensar en algo coherente, al menos no querían manifestarlo con sus canciones, que eran de ruptura. Parecía que Sartenón había escrito las letras y compuesto las músicas de estos conjuntos. Era la misma filosofía o la anti-filosofía. A los muchachos que aplaudían al conjunto les podía parecer que Sartenón era un personaje muy interesante de la sociedad, claro que estos criterios no los podían sustentar con las reglas de la lógica mental, había un acuerdo subterráneo como si el rompimiento y la protesta fueran una parte del ser de esas personas que ni siquiera se conocían, pero estaban disconformes con todo.

Las cosas se estaban aclarando un poco, pero todavía la oscuridad era intensa, quizá en esta desinteligencia juvenil había un punto de inteligencia, que señalaba una crisis de estructura colosal. A nadie le gusta permanecer en la inconformidad, pero cuando persiste, hay que pensar que no es simplemente una opción de ser, es más bien como una bomba de tiempo, que en cualquier momento puede estallar, para destruir a muchísimos dormidos. Sartenón y los rockeros, con sus pintas originales, daban miedo. Cualquier respuesta se podía esperar de esas actitudes que reflejaban la inconstancia y los cambios violentos.

Sartenón era un filósofo pesimista que sufría más por su estado que por los problemas del mundo, se sentía incomprendido y defendía a todo el que se encontraba resentido como él, decía que todos vivían del cuento porque conocía sólo a los que vivían así, no tuvo oportunidad de conocer a los que vivían de la realidad, su vista y sus estudios estaban puestos en un grupo de personas que quizá eran los más visibles, o las que más expectativas podían dar al mundo, pero, para mala suerte de él, esas personas estaban fallando porque vivían del cuento. El mundo estaba entrampado con cuentistas que no daban ninguna solución a los problemas. Sartenón estaba metido en este círculo vicioso y por eso era pesimista, no podía descubrir el mundo de los otros seres, que no eran visibles porque nadie se había fijado en ellos, sin embargo eran los que iban a dar las sorpresas, ganarían a los otros porque no vivían del cuento sino de la realidad.

Nuri, que había ubicado perfectamente a Sartenón, no le negaba cierta razón en las apreciaciones que hacía. Estaba claro que el filósofo de la ciudad se fijaba sólo en los del cuento, era verdad que el mundo padecía de exceso de escenografía y bambalinas creadas para cubrir y tapar los defectos humanos y que a la juventud se la estaba engañando con unos mundos llenos de fantasía y artificialidad, daba pena la alegría de los rokeros, sin embargo había que salvar un aspecto: el de los auténticos cuentos.

El mundo necesita de los cuentos bellos, de aquellas situaciones creadas por la imaginación humana para enseñar a ser feliz, las invenciones de la fantasía que convierten la mentira en verdad, cuando el cuento irreal influye en la vida real con el bien que emerge de un fondo sano.

Los hombres necesitamos que de vez en cuando nos cuenten cuentos y ser algunas veces como un cuento para los demás. La metafísica del cuento es una riqueza para las comunicaciones humanas ya que las verdades más profundas se pueden transmitir con la sencillez de un relato creado por la imaginación. Contar un cuento es también un alarde de pillería compartida, con simpatía humana, para ganar, sin hacer daño, pequeños puntos de alegría y luego poder repartirlos.

Sartenón era demasiado serio, su rigidez resultaba chocante, no convencía con su descuidada extravagancia. Un pensador no puede ser gris, debe tener colores.

El mundo necesita que expresen su pensamiento los que tienen la inteligencia de la sencillez para que se pueda encontrar la belleza, el colorido y la alegría que está faltando en los seres humanos. Hay que esperar que llegue el amanecer.



**LAS BELLAS FLORES
DEL EDEN**

Cuando uno se decide a buscar una persona buena, la encuentra; aunque el paso previo al hallazgo sea limpiarse bien los ojos. Los que recorren este camino llegan a la misma conclusión: hay muchísima gente buena.

Nuri no tardó mucho tiempo en encontrar a Tasita, la profesora de la ciudad, con ideas claras y sentido común.

Era una mañana clara de sol y alegría, los colores resplandecían vivos por la intensidad de la luz, el aroma de las plantas asoleadas penetraba en el alma regalando claridad a la mente y al corazón.

En una pequeña casa donde la familia lucía la alegría del buen entendimiento se encontraba Tasita vestida de blanco, su amplia sonrisa era tan grande como su comprensión y sus ojos serenos miraban con la limpieza del cariño, como deseando arreglar enseguida cualquier problema o dificultad. Le interesaba mucho que todos pudieran estar contentos y no escatimaba nada para conseguirlo, tenía un corazón de oro y una mente tan cultivada de criterios favorables, que era como un libro abierto donde se podía aprender; poseía la ciencia del sentido común que le permitía desplazarse con sencillez a unas velocidades elegantes, dentro de un espacio generoso y ordenado. Las ideas con buena letra, relucían en el blanco cuaderno con líneas verdes, que llevaban la dirección del futuro con un olor a nuevo y limpio, que era entusiasmante.

Tasita era una flor bella del jardín de Dios, que animaba a todos con la canción de su vida llena de sabiduría, todo el ambiente quedaba impregnado con su presencia e iluminado con la luz de su corazón. En las cosas materiales de la casa se retrataba el arte elegante de una vida sencilla, donde el orden parecía fácil; los alegres sillones de la sala tenían la acogida de la buena apertura, la biblioteca, que ocupaba un lugar importante, estaba al alcance de las visitas, parecía que los mismos libros habían pensado cómo colocarse para lucir radiantes y atractivos. En una pequeña mesa, donde estaba servido el desayuno, se notaba la finura del cariño cotidiano: un mantel blanco de encaje, un vaso con miel dulce, la jarra de leche pura y el pan ordenado junto a la taza blanca.

Tasita, que tenía la inteligencia de la sencillez, caía muy bien a la gente, todo el mundo la quería porque era buena y estaba sembrando en la tierra muchas flores buenas para el jardín de Dios. Las agujas del reloj, cuando indicaban las doce, eran como dos flechas que señalaban el Cielo. Existía el tiempo para caminar hacia arriba.

Nuri se puso contentísimo pensando que ese encuentro lo había provocado la Providencia, era un apoyo muy poderoso para lo que quería conseguir con los seres humanos; sin perder el tiempo brindó su servicio y experiencia, para que Tasita se enriqueciera con su aporte y ella le invitó la miel de su blanco desayuno mientras le contaba la historia del oro puro.



**LA FORTALEZA DEL
ORO PURO**

Vamos a imaginarnos que tenemos frente a nosotros dos cajas de igual tamaño y calidad. En una pondremos oro y en la otra, piedras. Supongamos ahora que estas cajas tienen inteligencia y por lo tanto pueden pensar. Si piensan se van a dar cuenta de lo que son y de lo que tienen.

El siguiente paso será colocarlas en el mundo para que la gente las adquiriera. La caja de oro dirá: “si la gente me lleva serán muy ricos y felices”. En cambio la caja de piedras diría algo distinto: “si la gente viene a mi, me van a rechazar; entonces, para que me adquieran me voy a disfrazar con un papel bonito, pondré además escarcha y luces de colores para llamar la atención. Así la gente creerá que soy valiosa y me llevarán con ellos.”

Y así estaban las dos cajas en el mundo: una sin brillo pero con oro y la otra brillante pero con piedras.

La gente del mundo que veía las cajas con ojos superficiales se acercaban siempre a la que brillaba, porque les parecía la mejor, para sus ojos era evidente; luego al descubrir las piedras sufrían terriblemente y se desanimaban, sin embargo al volver a salir repetían la operación: volvían a elegir otra brillante y con piedras porque no se limpiaban los ojos. Así se pasaban la vida muchos: escogiendo lo que no vale.

Unas cuantas personas, distintas a las anteriores, elegían con otro criterio, buscando no lo brillante sino el fondo del ser bueno. Esta operación era

imposible sin la limpieza de los ojos (36) para encontrar el oro fino y valioso. Por eso estaban serenos y contentos expresando su alegría por doquier.

La constancia de lo bueno produce mucho bien, sobre todo la verdadera seguridad (la fortaleza) que es difícil de destruir con las miserias humanas.

Nuri escuchaba asombrado la ciencia del sentido común que él compartía plenamente.

Dios ha puesto oro en el fondo de los seres humanos, a las familias, con la ayuda de los maestros, les toca descubrirlo. Sólo pueden llegar a él los que tienen oro en su corazón y no lo han cambiado por las piedras. Las piedras hay que expulsarlas siempre para no perder el oro y tener capacidad de recibir más. Dios quiere dar más oro a la humanidad. Los enemigos de Dios son los que ponen las piedras para que el oro se pierda. Hay que seguir buscando oro.

Nuri tenía que seguir su camino y Tasita el suyo. Ambos enriquecieron su experiencia mientras tomaban la miel. La profesora de la ciudad se quedó en su casa leyendo más libros de sabiduría y Nuri salió por la avenida hacia el parque donde estaban las casas descoloridas.

(36) Si tu ojo fuere sencillo todo tu cuerpo estará iluminado. (Luc. 11,34)



LAS CASAS DESCOLORIDAS

Nuri caminaba contento recordando los bellos criterios que endulzaban su mente mientras hacía propósitos de servir. (37) Ya no le llamaba tanto la atención el colorido exterior de las casas porque no era igual que el de los árboles o el de las plantas. La pintura superficial podría ser un arreglo para tapar algo; de todos modos quiso observar lo que ocurría debajo de esos colores descoloridos en las 7 casas que daban la vuelta al parque. Sentado debajo de un árbol, que le protegía del sol, inició su nueva investigación.

La casa verde era totalmente horizontal, con muchas puertas, todas abiertas. Los que allí vivían eran partidarios de la libertad absoluta, todo parecía bien menos la ausencia de libertad.

La casa verde tenía una particularidad: siempre se veía entrar y salir gente, aunque no todos eran de la familia. Por la noche, las luces de las ventanas continuaban encendidas y los carros seguían estacionados hasta altas horas de la madrugada. Era la casa de las reuniones, aunque cada uno tenía sus compromisos particulares; se hablaba mucho respetando las ideas y la vida privada de cada uno, (a veces en esas reuniones algunos se pasaban en tragos), también ocurría algo preocupante: la gente joven se quedaba, sin ningún control, muchas horas frente al televisor viendo todo tipo de programas, se notaba el daño que les estaba haciendo en el desinterés que tenían para conversar de temas serios.

Los habitantes de la casa verde se sentían con derecho a sus comodidades, los demás importaban cada vez menos, por eso entraban y salían a cualquier hora, el horario no existía. El servicio estaba entrenado para esas informalidades, por eso se les pagaba.

En la casa verde no existía ningún tipo de disciplina, cada uno funcionaba de acuerdo a lo que le parecía sin embargo se notaba un gran contraste entre la horizontalidad de la casa y la verticalidad de la mente de sus habitantes, que opinaban de todos los temas y lo hacían con tal vehemencia que aquellas opiniones se convertían en dogmas. Esa mentalidad les llevaba a ser demasiado creídos en sus propias convicciones.

(37) *La emotividad indica una particular sensibilidad a los valores. (Karol Wojtyła, Persona e atto...op. cit. p.257).*

Esta situación creó más problemas: los que optaron por un camino malo exigían el respeto a sus derechos y consideraban una opción más lo que habían elegido, motivando a que otros siguieran con “libertad” esos malos ejemplos. También existían los discriminadores y racistas que tenían el fuerte hábito de hacer siempre acepción de personas y les costaba mucho transigir, porque sus convicciones estaban muy arraigadas. Había un grupo de sentimentales que vivían para sentir en unos mundos complicadísimos de resentimientos, odios y “amores” fuertes, sufrían terriblemente. La mayoría habían llegado a tal grado de “libertad” que nadie les decía nada y si alguien intentaba hacerlo, se oía el rechazo: “no me presiones, yo sé lo que hago...soy dueño de mi vida”

Los habitantes de la casa verde habían aprendido a cuidar su prestigio social, trataban de quedar muy bien en el ambiente de la calle y se esforzaban en dar imagen. Eran socios de los mejores clubes de la ciudad y algunos estaban metidos en los mundos de la bohemia y la farándula, se ayudaban entre ellos para que lo económico no fallara, cualquier problema lo querían arreglar con dinero; en los otros temas los puntos de comprensión y de exigencia estaban habitualmente desubicados.

La casa roja era vertical y sin fachada, tampoco les importaba mucho. Tenía muchos escalones incoloros y escalafones para subir y subir, pero no por mérito propio sino por decisión de la cúpula, que siempre era la misma. Para lograrlo había que ser muy fiel al sistema.

Los hombres de la casa roja no podían pensar porque ya todo estaba pensado y si pensaban corrían el peligro de ser castigados, mejor era no pensar y aceptar lo pensado; tampoco podían decidir porque todo estaba decidido y previsto. (38)

Todos eran estimulados con grandes promesas para el futuro, estaban convencidos de que llegarían a un paraíso maravilloso, sólo tenían que repetir “slogans” de odio contra las otras casas, porque no estaban alineadas en la lucha.

A la casa se entraba por la puerta falsa porque la principal estaba malograda; tampoco se usaban los enormes sillones de la sala que estaban cubiertos con un forro de tela corriente. En esa habitación se encontraba una gigantesca fotografía del caudillo de la casa roja que miraba el horizonte con sus ojos chispeantes.

La vida se desarrollaba fundamentalmente en el comedor de diario. Allí se hacía todo: comer, estudiar, leer, conversar. Junto al aparador estaba la biblioteca con libros forrados de rojo, casi todos revolucionarios y un grande y voluminoso televisor en blanco y negro con imágenes un poco abultadas y temblorosas; es que el aparato era muy viejo y fallaba continuamente.

(38) *Enseñar no es humillar: enseñar es servir. Y aprender no implica dejar de pensar: aprender es la forma básica de participación.* (Alejandro Llano, *La nueva sensibilidad...op. cit. p. 175*).

La vida de todos los días era igual, se comían platos parecidos y sin extraordinarios, se aburrían de todo porque imperaba la monotonía. Decían que en la casa todos recibían igual trato porque se respetaban los derechos humanos pero a pesar de eso las peleas eran continuas.

La cúpula ocupaba un piso donde nadie podía entrar. En otro lugar estaba la zona de rehabilitación donde iban los que se cansaban (tenían poca salud porque se cansaban mucho), otro sitio era para los castigos de los que delinquían, que iban creciendo en número de día en día.

Salir de la casa roja era un verdadero premio para unos privilegiados; la mayoría se quedaban dentro, hartos y sin saber qué hacer.

Aunque la casa verde estaba mejor en el aspecto material y económico a Nuri no le convenía ninguna de las dos, no estaba de acuerdo ni con la libertad absoluta ni con la falta de libertad. El mundo no se arreglaba con estas casas ni con una mezcla de las dos, gracias a Dios habían más casas para observar.

Al lado de la casa roja estaba la naranja que tenía un gran frontis y una puerta señorial a la que se llegaba por una ancha escalera que subía entre plantas desde la vereda.

Era muy agradable la zona de recepción, el hall estaba conectado con un amplio salón, el bar lucía

botellas finas de diversas marcas y el elegante comedor podía dar capacidad a un elevado número de comensales.

El dueño de la casa naranja era un señor de mediana estatura y de cara ancha, su cuerpo voluminoso le impedía ir de prisa, los ojales inferiores de la camisa estaban demasiado estirados porque el estomago, que había crecido considerablemente, no respetaba el orden. La esposa no se quedaba atrás, también voluminosa como su marido, era una de las mejores cocineras de la ciudad. Los cuatro hijos llegaban cada uno a los 100 kilos, eran unos gordos muy simpáticos que todo el día hablaban de comidas y sabían mucho porque se dedicaban a eso, a comer. El cabeza de familia se preocupaba de que todos comieran bien e intervenía en todos los platos y postres, la esposa desde muy temprano salía al mercado y luego se pasaba el resto del día en la cocina para luego comer con todos; con sus amigas sólo hablaba de comidas. Cuando recibían una invitación pensaban "¿y qué habrá de comer?", luego cuando volvían a casa contaban lo que habían comido y se chupaban los dedos al oír esos relatos tan interesantes. Los parientes estaban preocupados porque algunos habitantes de la casa naranja se habían aficionado al trago y eran los que causaban los problemas más graves. La alegría superficial de la comida se convertía en tristeza después de la bebida.

Los que se educaron en la casa naranja aprendieron a ser buenos comensales y buenos bebedores;

hay muchos en la ciudad que son así. Nuri se apenaba cuando veía este tipo de afición desordenada alrededor de la gula y de la falta de templanza, porque los hombres perdían mucho más de lo que se imaginaban y por ese camino era muy difícil llegar a la inteligencia de la sencillez.

Ahora la vista de Nuri estaba en la casa de color amarillo, allí todos dormían porque eran los dueños de una gran indiferencia, sólo se escuchaban los bostezos y los ronquidos. Los rostros aburridos dibujaban desgana y olvido. Habitualmente llegaban tarde a todo y con mucha facilidad perdían las cosas. Los recibos estaban acumulados para pagarlos a última hora con largas colas y con moras por los retrasos que parecían inevitables.

La casa amarilla era un canto al desorden, los sillones de la sala deformados y con el tapiz totalmente gastado servían para que el gato, que allí descansaba, afilara sus uñas, dejando de vez en cuando alguna sorpresa desagradable en su camino. Igual que en la casa verde, el televisor estaba encendido todo el día pero lo miraban con indiferencia y desgana, quedándose dormidos con un pan en la mano a medio comer. No siempre se preparaba comida, ya estaban acostumbrados a salir a comprar un paquete de galletas y algo de queso para contentar el estómago.

Siempre les sorprendía sin velas el corte de electricidad, además las linternas tenían las pilas sulfatadas.

La licuadora y la lustradora estaban en una esquina malogradas, la cocina funcionaba con una sola hornilla y el foco de luz no iluminaba bien porque se había llenado de telarañas; el carro llevaba meses en el garaje porque no había tiempo de llevarlo al taller. A los dormitorios no se podía ni entrar porque las camas estaban habitualmente destendidas y con las sábanas sucias, los cajones de los armarios llenos de ropa arrugada y la pared decorada con posters de cantantes y calcamonías amarillas viejas y borrosas.

Los habitantes de la casa amarilla tenían mala suerte, les habían robado varias veces con distintas modalidades, se enfermaban con frecuencia por los descuidos habituales y tenían que hacer grandes gastos. Un día se incendió la casa y tuvieron que reconstruirla poco a poco con los ingresos que iban llegando; no tenían mucho dinero porque a cada rato les expulsaban de sus trabajos, no por maliciosos sino por despreocupados, y se pasaban largas temporadas sin hacer nada.

Sartenón, el filósofo de gris, de vez en cuando les visitaba porque encontraba ambiente para pensar bajo el humo del cigarrillo que mantenía encendido.

En la casa marrón todo el mundo vivía con miedo, les parecía terrible la vida del mundo y optaron por refugiarse bien. Con mucho sacrificio consiguieron enrejear todo el contorno y poner unos candados que cerraban como las cajas fuertes. Vivían, por si acaso, lejos de la puerta principal.

La casa marrón era de un solo piso, todas las habitaciones daban al jardín posterior, había sido construida así por precaución. Todo el mundo sabía lo que tenía que hacer en caso de terremoto, lo habían ensayado tantas veces. La casa estaba llena de instrucciones para proteger a sus habitantes, se conocían muy bien todos los peligros y se evitaban los lugares arriesgados. En la biblioteca habían tomos de libros que señalaban, con todo tipo de ejemplos, lo peligrosa que era la vida y cómo había que cuidarse. Al médico iban con mucha frecuencia pero también le llamaban por teléfono, se hablaba mucho de las enfermedades reales e imaginarias y de las medicinas que había que tomar, también por precaución, con sufrimiento y angustia. Es que todos eran nerviosos y bastante pesimistas.

La gente joven de la casa marrón estaba muy bien protegida, salían acompañados y no podían quedarse solos en ningún sitio, sobre todo para no causar serias preocupaciones; llegar tarde podía significar una crisis nerviosa para un familiar; siempre decían que tenían infarto, pero se equivocaban. Con sus criterios exagerados, sus frases lapidarias y sus increíbles manías, creaban muchas teorías absurdas.

Los habitantes de la casa marrón estudiaban cómo aconsejar para llegar antes, darían todo el dinero del mundo para instruir al niño en el seno materno advirtiéndole bien de todos los peligros que hay en el mundo; era como

si quisieran que el recién nacido llorara con orden y no se ensuciara. Al salir de la casa se preocupaban de los pasos que iban a dar y profetizaban con cierta genialidad grandes tragedias; si acertaban, reforzaban sus argumentos.

De la casa marrón salían escrupulosos llenos de miedo por la vida y rebeldes que estaban hartos de tanta exageración, con las limitaciones de la falta de experiencia.

La casa dorada era ancha y espaciosa con unos grandes garajes convertidos en almacenes. Sus habitantes eran excelentes negociantes que todo el día trabajaban en una actividad febril. El hall, la sala y el comedor estaban invadidos por cajas y papeles de todos los tamaños y colores, las líneas de teléfono sonaban constantemente, algunas veces hablaban por dos a la vez. Era tanto el trabajo que casi ni comían; fumaban y tomaban café mientras hacían sus proyectos; por las noches se reunían hasta altas horas para seguir trabajando. Al domingo llegaban por derribo, para dormir frente al televisor o en cualquier sitio; los demás días se padecía de insomnio.

En la casa dorada no existían los compromisos familiares, los cumpleaños se celebraban brevemente en medio del trabajo, toda la casa estaba llena de alarmas y despertadores, cada uno era muy dueño de sus criterios y de sus gestiones, los campos estaban muy bien delimitados, nadie invadía el terreno del otro, así se fueron

formando poco a poco importantes dominios. Todo esto ocurría aunque no sabían a ciencia cierta dónde iban ni qué hacían.

A la casa negra no se podía ni entrar porque todos estaban peleados, las zonas interiores habían sido divididas con grandes tabiques que delimitaban bien el lugar de cada uno. Unos gruesos candados en las puertas y seguros en las ventanas ponían más distancia entre ellos. La verdad es que no se podían ni ver porque conservaban en el alma viejos resentimientos que dejaban crecer todos los días. El muro más grueso era el que habían fabricado con las peleas. De vez en cuando se oían gritos de protesta; y hasta insultos por los inevitables roces de la vida diaria; entre ellos se mostraban antipáticos y duros, se habían acostumbrado a hablar gritando con aires de protesta, nunca secundaban nada, al contrario, se oponían a todo sin considerar razones. Además, peleados por la herencia, se acusaban en los tribunales y tramaban todo tipo de venganzas. El odio era una constante que les hacía vivir en tensión. Todos estaban convencidos de la inutilidad de los otros sin conceder ni un punto a la esperanza para iniciar una posible reconciliación. Sus modos de ser estaban violentados por esta permanente situación, sólo sabían pelear y discutir con gestos desagradables y planteamientos drásticos que herían mortalmente a los demás. ¡Qué difícil era la vida en la casa negra!



LA BELLEZA DEL ARCO IRIS

Nuri después de observar las casas descoloridas tenía una visión más clara de las cosas y comprendía por qué el mundo se encontraba tan mal, él sabía, porque en su camino se había encontrado gente buena, que existían casas con los colores bien puestos aunque en la generalidad todo parecía descolorido. Era difícil encontrar esas casas bellas porque los colores de las casas descoloridas eran agresivos, algunos se habían mezclado como si la solución estuviera en un sincretismo de colores. Existían casas que tenían un poco de cada color, o mejor dicho, un poco de cada descolor.

Ahora se entendía mejor el origen de la informalidad y de la falta de honestidad que había experimentado en muchos sectores de la sociedad, por eso los hombres no llegaban a descubrir la inteligencia de la sencillez en la riqueza del ser humano y padecían una crisis de identidad.

Nuri se encontraba paseando por la avenida cuando de pronto, sin querer queriendo, vio en medio de las casas descoloridas una casa blanca que pasaba desapercibida; se acordó de la caja de oro, de la blancura de Tasita y del sabor de la miel, rápidamente se acercó y pudo observar sin problema la blancura de sus habitantes.

La casa blanca estaba limpia porque todos los días se preocupaban de limpiarla, sus habitantes dedicaban tiempo a los arreglos para embellecerla. Se

querían tanto que buscaban para los demás el mejor ambiente, sin quedarse en los aspectos materiales, se notaba el cariño por el modo delicado de tratar las cosas, el orden y el horario. A la hora de comer todos estaban en la mesa con alegría, bien dispuestos y con una admirable capacidad de servicio, era grato estar allí, todos se esforzaban en hacer agradable la vida a los demás con detalles pequeñitos y simpáticos que no cansaban, sonreían con serenidad inyectando en el prójimo una paz acogedora, todo el día agradecían y valoraban las cosas de la casa; les gustaba recordar la historia de la familia con verdadero cariño porque habían buenos ejemplos para imitar. Todo se desarrollaba en un clima de libertad y respeto. Nunca se imponían las ideas pero los criterios se explicaban claramente y a tiempo, para formar bien a las personas.

En la casa blanca los chicos crecían con sentido común y claridad de ideas, esto les llenaba de alegría aunque causaban envidia a los habitantes de las casas incoloras que guardaban unos silencios injustos y cuando podían lanzaban críticas calumniosas. La unidad entre los habitantes de la casa blanca se notaba también en el respeto a la diversidad; allí vivían ricos y pobres, altos y bajos, gordos y flacos, blancos, negros, amarillos, de todas las razas y colores. Ocupaban un lugar preferencial los ancianos y los enfermos; habían paralíticos, subnormales, gentes con sufrimientos que parecían eternos. Todos eran un tesoro porque allí se les atendía con cariño y se les valoraba como personas. De estos habitantes, que

algunas veces fueron despreciados por el mundo, surgieron plantas muy bellas.

En la casa blanca no sólo vivía gente de la ciudad también habían llegado de los pueblos más lejanos y a través de ellos Nuri pudo descubrir sitios increíbles de donde salía gente buena para dedicarse a la mejor tarea del mundo: servir.

La casa blanca era la más universal, Nuri salió contento de esa visión y luego en su camino descubrió que habían otras casas blancas que pasaban desapercibidas en la ciudad; en esa gente estaba el motor del cambio que la sociedad necesitaba. Existían muchos proyectos de casas blancas que esperaban recursos para construir y otros que buscaban demoler sus casas incoloras para construir una blanca.



**UN FUTURO DE MIEL
Y CIELO AZUL**

Nuri regresó por el camino con gran esperanza en el cambio de la ciudad y se dirigió al pueblo que había visto lejos desde la loma.

Por el camino iba cantando a la luz de la luna mientras el cielo estrellado le hacía de techo y el viento suave le seguía acariciando como una madre que no se olvida de su hijo.

Subía la cuesta empinada con el estímulo de su misión, convencido de poder hacer progresar al pueblo con su misma filosofía: la inteligencia de la sencillez. El recurso principal de su éxito siempre era la persona. Estaba convencido de que en el pueblo también habían casas blancas.

Frente a los altos pinos de la entrada se apreciaba la belleza del paisaje con el sonido suave del viento, las aguas tranquilas y cristalinas que cruzaban el valle y el alegre canto de las aves. Todo aquello era como una alfombra mullida de serenidad. El contraste lo ponían las gentes del lugar, que vivían como abandonadas a la suerte de un destino sin una esperanza clara. Nadie quería venir al pueblo para quedarse a vivir, aquí no había futuro para nadie; el que quería destacar tenía que ingeniársela para irse a la ciudad, al menos esa era la costumbre.

Si en los rostros de la gente de la ciudad se notaba preocupación existencial, estos rostros eran la

expresión de la decadencia y la miseria. Se les tomaba fotografías para que los hombres de las ciudades se llenaran de compasión al ver el contraste. Las caras eran como un mapa donde se dibujaba el hambre, el frío y la vejez prematura; los cuerpos desnutridos y el lenguaje pobre como la comida no les ayudaba a explicar lo que padecían. Los ojos eran la expresión del miedo y la desconfianza.

En un primer momento Nuri tuvo mucha dificultad para comunicarse con ellos, estaban bastante huidizos y era muy difícil sacarles una palabra, firme en su empeño preguntó a un hombre de la ciudad que se encontraba haciendo negocios por allí qué podía hacer para comunicarse con la gente del pueblo. La respuesta le desarmó por completo y le llenó de pena: “es gente que no sirve para nada, son inferiores y de poca categoría” dijo estóicamente el hombre de negocios. Nuri ya se había encontrado en la ciudad a muchos que pensaban así y que despreciaban a los del pueblo; aunque sabía todo esto se quedó pensando muchas horas.

El pueblo que estaba cerca de la ciudad era un mundo totalmente distinto como si fuera otro planeta; lo distinto no era sólo el pintoresco paisaje o las costumbres típicas sino más bien algo hiriente, que quemaba el alma como si uno se hubiera comido una bola de fuego. Ya no eran las diferencias entre las casas incoloras, no se trataba de matices ni de sincretismos, había una zanja abismal.

Nuri recordó al policía con miedo junto a los chicos que se iban a la playa con sus tablas hawayanas; algo parecido veía ahora, no la diferencia en cuanto al tener sino esos abismos de incomunicación. No podía ser que a los habitantes de la ciudad no les importara nada la gente de los pueblos y que vivan como si estos no existieran, como si la ciudad estuviera diseñada para darle la espalda al pueblo. (39) Este era un tema importante para estudiar y escribir muchos libros dirigidos a despertar la sensibilidad dormida de una gran mayoría. Había que iniciar un diálogo entre el pueblo y la ciudad entre los más capaces, este era un primer paso imprescindible para encontrar después las flores bellas que el pueblo podía dar.

Al día siguiente Nuri, con las ideas más claras, se levanta temprano. La primera sensación por la mañana estaba llena de bondad: las viejitas, los niños, los adultos...veía en todos un pan de Dios; a cada rato encontraba muchos aspectos grandiosos del buen servicio entre los habitantes del pueblo; esta nueva experiencia le llenó de alegría. (40)

No se explicaba como era posible que en un lugar tan pobre y retrasado, donde no existían los recursos para una buena formación, la gente tenga esas calidades que no se encontraban tan rápido en la ciudad.

Nuri se sintió desarmado por esas bondades que eran propias de una casa blanca, eran las almas blancas

que había cuidado la Providencia y estaban en potencia de florecer como las mejores flores de la ciudad y hasta más.

A Nuri le parecía ahora que el punto de llegada y el punto de partida estaban muy cerca, como si no hubiera que hacer mucho para llegar a la meta. En la ciudad lo veía más difícil y complicado por todo lo que habían creado en el hombre las casas descoloridas, sin embargo aquí esas casas eran más escasas, habían más blancas que hacían el color del arco iris; era una ventaja para llegar más rápido a la inteligencia de la sencillez y a la realeza del servicio.

Nuri, que había sido creado con esas cualidades, decidió ser portavoz para que la ciudad mire al pueblo; ya no sería el desprecio ni tampoco la compasión porque había llegado la hora de la admiración. Ahora saldrán del pueblo muchos servidores para el pueblo y las ciudades. Todo el mundo se llenaría de servidores de la casa blanca porque el pueblo y la ciudad estarían unidos por un grandioso arco iris. (41)

Los árboles, las plantas y las flores viven juntos y son distintos formando un hermoso jardín donde hay belleza y aroma. Es grato pasear mirando los paisajes verdes bajo un cielo azul saboreando la dulce miel.

Cuando Nuri quiso anunciar sus ideas por todo el mundo pensó que su actitud podría ser de vanidad,

sin embargo él, que tenía la inteligencia de la sencillez, se dio cuenta que era más vanidad no difundir la verdad, por temor a la vanidad.

(39) *La marginación tiende a adquirir una índole estructural.* (Alejandro Llano, *La nueva sensibilidad*, op. cit. p. 24).

(40) *La experiencia interior no basta, debemos buscar siempre el testimonio de la conciencia de la experiencia vivida y esa hay que integrarla a la conciencia del hombre.* (Karol Wojtyła, *persona e atto*, op. cit. p. 86).

(41) *La nueva sensibilidad reclama bienes comunicativos, que no son disgregadores, sino solidarios.* (Alejandro Llano, *La nueva sensibilidad*, op. cit. p. 158)

sin embargo él, que tenía la inteligencia de la sencillez se dio cuenta que era más vanidad no difundir la verdad, por temor a la vanidad.

1 era edición 1993: 1,000 ejemplares

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DEL CEO "SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO" DE CHICLAYO EL 26 DE JULIO DE 1993 FIESTA DE SAN JOAQUIN Y SANTA ANA, PADRES DE LA VIRGEN MARIA.

Nuri es un burrito nacido en un pequeño pueblecito de la tierra cuyo nombre no tiene importancia, era un pueblo más del campo, de los miles que existen en el mundo y vivía para servir sin pensar por qué ni para qué, no como hacen los hombres poco listos que pierden el tiempo pensando en lo que no deben y lo cuestionan todo, hasta lo más elemental. Esto no sucedía con Nuri que era feliz sirviendo sin ningún cuestionamiento.

Nuri había leído muchos libros de historia y ensayos sobre el ser humano, pensaba en los que pensaban de la historia, no en todos los que pensaron, si no en aquellos famosos que salen en los libros, muchos eran talentosos e interesantes en sus argumentos racionales pero poco listos en otros aspectos, porque no conocían bien “la inteligencia de la sencillez”. Se habían olvidado de penetrar en el mundo más interesante de la historia para tener verdadero éxito.

La sencillez es el punto de partida y de llegada. El hombre debe ser niño cuando nace y cuando muere. Esta es la inteligencia que hace falta para conocer la vida humana en las ciudades y en los pueblos.

La inteligencia de la sencillez lleva consigo un amor que es dueño de algo grandioso: un sentido común para acertar sin demoras, una intuición rapidísima, llena de comprensión y claridad, que consiste en la prontitud para darse cuenta, situarse y actuar con diligencia. Son criterios de sensatez para saber atender, servir, exigir, sentirse responsable del prójimo y poner siempre los medios para lograr la solidaridad entre los hombres.

Nuri, el burrito joven que ha pasado ya los tormentos de la adolescencia, hace un peripinaje reflexivo por el campo y la ciudad llevando consigo, en su misma naturaleza, la imagen de la sencillez; la virtud que los hombres necesitan alcanzar para ser realmente inteligentes.